

Mercado interno, guerra y revolución en México: 1870-1920*

CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

...importa sobre todo enunciar bien las cuestiones, más que, todavía, tratar de resolverlas.

Marc BLOCH, *La historia rural francesa*.

INTRODUCCIÓN

HACE apenas unos años, un importante especialista en algunos temas de la Revolución mexicana, se lamentaba abiertamente de la falta de claridad respecto de las transformaciones económicas que sufrió el país durante el período revolucionario de 1910 a 1920. En un interesante artículo sobre la economía de estos diez años, dice: “¿Qué sucedió con la acumulación del capital extranjero y nacional durante la década revolucionaria? ¿Qué pasó con la producción misma? ¿Hasta qué punto continuaron tendencias y ciclos ya establecidos? ¿Dónde los paralizó la violencia? ¿Qué pasó con las obstruidas pero aún activas fuerzas productivas? Si la violencia desalentó una tendencia o incluso un modo de producción, ¿cuál o cuáles otros favoreció? ¿Cómo la violencia de una región afectó a la producción de otra, no tan sacudida por la guerra? ¿Qué tan pesada fue la carga económica? ¿Quién la soportó? ¿Quién se escapó? ¿Quién se benefició? ¿Hubo ciclos de violencia, y si los hubo, cuál fue su economía? ¿Cómo pudo soportar el país tanta violencia durante tantos años? ¿Terminó ella en 1920? Si no fue así, ¿hubo otras razones económicas para la disminución de la violencia? La historia positivista no tiene respuestas para estas preguntas”.¹

* Deseo agradecer el importante apoyo práctico que me brindó Carlos Córdova en la elaboración de este trabajo, desde la recopilación de materiales y el procesamiento de datos, hasta la elaboración de las gráficas y las observaciones generales al contenido del trabajo, que fueron importantes para su consecución final.

¹ Véase el interesante artículo de John Womack Jr., “The Mexican economy during the Revolution, 1910-1920: historiography and analysis”, en la revista *Marxist Perspectives*, núm. de invierno, 1978. También la traducción parcial del mismo, “La economía de la Revolución (1910-1920). Historiografía y análisis” en *Nexos* núm. 11, nov. de 1978.

Este hecho resulta llamativo, si consideramos que una de las corrientes más desarrolladas en la actualidad dentro de la historia, es precisamente la de la historia económica. A pesar de que gran parte de las investigaciones modernas se concentra, de preferencia, en el análisis de los procesos económicos, no es aún claro el contenido económico de la fase armada de nuestra Revolución.

Pero entonces, ¿a qué se debe esta falta de claridad sobre un problema tan importante? ¿Por qué está aún poco esclarecido el movimiento y las mutaciones de la base económica durante los años de la guerra revolucionaria abierta? A modo de hipótesis, podemos proponer la siguiente respuesta.

La falta de claridad sobre este punto se debe, en cierta medida, al relativo abandono de ejes explicativos generales por parte de algunos investigadores modernos. Abandono que a su vez se explica por el agotamiento de la fase previa de discusiones e interpretaciones sobre la Revolución mexicana. Veamos.

Luego de una intensa polémica sobre la caracterización global de la Revolución mexicana (en la que se discutía sobre si se trataba de una revolución democrático-burguesa o de una revolución agraria; si la misma tenía un contenido popular o antiimperialista; si se trataba de un movimiento antifeudal o de una insurrección campesina, o si era un proceso ya concluido o aún vigente, etcétera), polémica cuyo apoyo fáctico e historiográfico era bastante limitado, la mayoría de los investigadores han llegado a la conclusión de que se hace necesario reemprender el estudio de aspectos específicos, de períodos muy acotados o de puntos particulares muy delimitados, para llegar a la verdadera comprensión, más profunda y rigurosa, del movimiento general.

Así, acercándose a la investigación monográfica de diversos aspectos (como el análisis de las formas de la servidumbre agraria en una región del país; de la estructura y funcionamiento de las haciendas de un tipo en una zona determinada; de un solo movimiento político en un estado de la República; de la personalidad específica de tal o cual caudillo, o de la historia de una de las facciones a lo largo de todo el período), se ha desplazado un poco la atención respecto de la integración sintética de todos estos estudios parciales en una sola interpretación, global y unitaria, del proceso general.

Es por lo demás un movimiento muy natural. Como el espectador que ante una imponente escultura capta, en un primer momento, la impresión o espíritu general de la obra y luego se acerca para apreciar con detalle cada una de sus distintas partes, así la historiografía sobre la Revolución mexicana ha pasado ya de las discusiones generales sobre el carácter fundamental de la República, a los estudios de detalle sobre aspectos parciales de la misma.

De ahí entonces que sea una de las dificultades más importantes para el esclarecimiento del problema aludido. Porque es evidente que los cam-

bios económicos principales del período de 1910-1920, no pueden comprenderse por separado, sino que remiten necesariamente a un contexto más general. Para entender qué pasó con la economía de la etapa revolucionaria, es necesario entender primero qué pasó con la economía del Porfiriato, y vincularlo también con lo que sucedió después, al concluirse la fase armada de la Revolución. Sólo así adquiere sentido la investigación del problema aquí señalado.

Esto nos lleva entonces nuevamente a las interpretaciones más generales de la Revolución mexicana y, concretamente, a la cuestión económica, que es la que en primera instancia nos preocupa y nos conduce a las siguientes preguntas: ¿cuál era el *proceso económico general* que se estaba desarrollando en México en el último tercio del siglo XIX?, es decir, ¿cuál era la ruta económica por la que transitaba el Porfiriato y por qué derivó en parte de ella la Revolución? ¿Cuáles fueron los resultados de esa abrupta ruptura social sobre ese mismo proceso económico general y cómo influyó y fue influido el movimiento revolucionario, sobre y por estas transformaciones económicas fundamentales?

1. *La importancia del mercado interno dentro de la historia global de la Revolución mexicana*

...*mercado nacional*. Así, designa la coherencia económica adquirida de un espacio político determinado, siendo este espacio de una cierta amplitud, el marco, ante todo, de lo que llamamos *estado territorial*.

Fernand BRAUDEL, *Civilización material, Economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*.

Para responder a estas interrogantes, proponemos abordarlas desde el enfoque particular del problema de la formación del mercado interno nacional para el capital industrial, y ubicando además su estudio dentro del período, para nosotros privilegiado, de la década de 1910 a 1920. Pero ¿por qué a partir del tema del mercado interno nacional? ¿Concibiendo de qué manera a este último y por qué en el período específico de 1910 a 1920? Aclaremos.

Para nosotros, el aspecto del mercado interno no es más que una vía posible, aunque particularmente fructífera, de entrar al problema más global de la caracterización de la Revolución mexicana como proceso histórico social general.

Se trata entonces de un acotamiento del "observatorio o mirada" específicos, elegidos por nosotros, para el estudio de una realidad que es un todo y que sólo es desglosada temporalmente para su mejor comprensión.

Porque, a diferencia de lo que podría parecer, el aspecto del mercado

interno no es un tema solamente económico o un proceso incluso circunscrito a lo social, sino más bien un simple eje o línea de evolución, que en su explicación cabal conduce nuevamente a la totalidad que como proceso histórico es la Revolución mexicana.² Veamos de qué manera.

¿Qué es formar el mercado interno de un país? Es forjar su unidad económica orgánica, el esqueleto o almacén de flujos y relaciones económicas que vincula las distintas "partes" constitutivas del espacio nacional al que se intenta dar coherencia y realidad, constituyéndolo como una totalidad interrelacionada que se mueva de manera coordinada y acompañada, que sea lo más autosuficiente posible y que proporcione la atmósfera adecuada para la consolidación y desarrollo de un cierto tipo de modo de producción que lo ha impulsado.

Se trata entonces de recrear o de formar la unidad de un conglomerado humano determinado, desde el nivel específico de la economía. Y sobre esta unidad económica, constituir también las formas restantes de su cohesión.

Por eso, y no en vano, el mercado interno es un hecho relativamente reciente, que no conocieron las antiguas sociedades preindustriales y que fue requerido por la moderna sociedad burguesa industrial. Es la forma de vida capitalista la que, al romper con el aislamiento local y con el desarrollo histórico diverso y siempre en pequeña escala de las sociedades agrícolas, instaura la necesidad de grandes espacios nacionales, de entidades sociales o conglomerados mayores vinculados entre sí, que son el entorno adecuado para su desarrollo.³ Por eso la nación es un hecho moderno, burgués, típico de la sociedad industrial.

Sin embargo ¿cómo se forja esa armazón económica a escala nacional? Precisamente sobre la base de la antigua sociedad, a partir de los antiguos nexos y los rasgos específicos del grupo o conglomerado humano sobre el que incide el sector particular que demanda la formación del mercado interno, el sector del capital industrial.⁴

² Asumimos, pues, la idea planteada por ejemplo por Fernand Braudel, cuando dice: "No hay problema de historia desde mi punto de vista, que esté cercado de muros, que sea independiente" (artículo "En guise de conclusión", pág. 245, en revista *Review*, editada por el Fernand Braudel, Center for the Study of Economics, Historical Systems and Civilizations, vol. I, núm. 3/4, Nueva York, 1978), por lo cual "... la práctica recomendable es, al dividirlo, conservar el espíritu de una visión globalizante" (en *Civilización material, economía y capitalismo*, tomo II, pág. 399, ed. Alianza Editorial, Madrid, 1985).

³ La nación y el variado abanico de expresiones del "problema nacional" son entonces una clara creación del modo de producción capitalista, mientras que las grandes unidades de la época precapitalista eran sobre todo unidades de carácter esencialmente *político* —como los grandes imperios— o por el contrario fuertes unidades de civilización —como la Europa mediterránea, la Cristiandad, el Mundo Islámico, etcétera, pero sin derivar la necesidad y urgencia de la cohesión y unidad económicas.

⁴ No está de más aclarar que la burguesía agraria puede vivir dentro del marco de un simple mercado regional, siempre y cuando éste se halle adecuadamente vinculado al comercio y a sus rutas de salida. En cambio, el capital industrial re-

Así, un mercado nacional comienza por delimitar su espacio geográfico determinado, o lo encuentra ya establecido y entonces se dedica a conquistarlo. Pero de cualquier modo, el mercado interno vive dentro de un espacio geográfico que determina en mucho su carácter, su velocidad de constitución, sus zonas o ejes privilegiados, sus regiones pobres y ricas, sus puntos dominantes y sus áreas dominadas.⁵

Porque el mercado interno no es una figura homogénea, sino una unidad económica en la cual se da un intercambio —igual o desigual— de productos, hombres, dinero (pero también, aunque esto va más allá del mercado interno, de influencias culturales, costumbres, hábitos, concepciones de la vida, jerarquías, etcétera). La unidad económica nacional vincula así casi siempre espacios o regiones geográficas diversos, heterogéneos y desigualmente desarrollados en lo económico, en lo social, en lo cultural, etcétera.

En el caso de México esto es evidente. La formación del mercado interno nacional comienza por vincular tres macrorregiones distintas en cuanto al tipo de actividades económicas, productos, relaciones y formas de vinculación (explotación) económica. Pero también en cuanto a grados de desarrollo y evolución histórica y social. Tres macrorregiones constituidas diferencialmente a partir de condiciones geográfico-naturales igualmente diversas: un norte árido sin grandes ríos y recortado por dos cadenas montañosas, poco apto para la agricultura —salvo mediante irrigación—, pero rico en yacimientos mineros y en amplias extensiones de pastos para la ganadería; un centro con vastas zonas fértiles para los cultivos agrícolas cerealeros y tropicales irrigados por un sistema fluvial más o menos importante y con una gran diversidad de climas, alturas, temperaturas y régimen de lluvias, y un sur muy montañoso y de vegetación exuberante —que obstaculiza las comunicaciones—, difícil de ser habitado por el hombre (con las dos excepciones de las tierras altas de Chiapas y de las planicies del sureste) y más propicio para cultivos tropicales comerciales, para limitadas zonas ganaderas y mineras y escasas zonas de pobres cultivos de subsistencia. Esta diversidad de la base geográfica de las distintas zonas del país ha determinado también desarrollos históricos particulares diversos.⁶

quiere de un espacio nacional propio que no sólo lo abastece en gran escala de fuerza de trabajo, de dinero y de materias primas para la industria, sino que también constituye su propio mercado, el lugar de salida y de realización de sus productos y mercancías diversos. Por eso sólo se crea el mercado interno nacional para el capital industrial (y por eso países no industrializados son en verdad pequeños mercados regionales vinculados a la economía mundial o simples "islas" autosuficientes al margen del desarrollo moderno).

⁵ Una ejemplificación muy interesante sobre esta geografía diferencial, referida al caso de la nación francesa, puede verse en el libro de Fernand Braudel, *L'Identité de la France*, vol. I, *Espace et Histoire*, ed. Arthaud-Flammarion, París, 1986.

⁶ La importancia de la base geográfica para el proceso histórico en general ha sido ya ampliamente desarrollada por distintos autores, y constituye hoy un punto de partida reconocido como necesario por la mayoría de los investigadores. En general, puede verse a este respecto el texto reputado como fundador de la "geohis-

De este modo, la formación inicial del mercado interior se da dentro de un mosaico nacional formado por un norte esencialmente minero y ganadero, poco urbanizado y "nuevo" históricamente hablando; un centro de vieja tradición y economía, de vida agrícola, minera e industrial, que al ser la zona más densamente poblada del país, es mucho más urbana y posee un centro-capital secularmente arraigado, y un sur tropical, pobre, indígena y más despoblado, más aislado del resto, más encerrado en sí mismo y que reparte sus tierras entre la agricultura comercial y la de subsistencia.

La formación del mercado interno sólo fue posible a partir de la vinculación física de tres "países" distintos en lo geográfico, lo histórico y lo económico, mediante el desarrollo de los medios de comunicación y del transporte a escala nacional.⁷

Unidad física o geográfica del espacio nacional que fue luego el basamento general o el marco propiciatorio de otras formas de unificación, no sólo económicas o políticas sino, por mencionar solo un ejemplo, también demográficas. Porque al cohesionar de manera orgánica el territorio nacional, se acelera y consolida enormemente el proceso de mezcla y fusión demográficas que conduce a la homogeneización de la estructura racial en torno al mestizaje.

Si bien el mestizaje se ha acelerado a partir de la unificación territorial —que rompe el aislamiento de las regiones y propicia la libre y fluida circulación de los hombres por todo el país, facilitándose así el intercambio racial—, sigue siendo un hecho, aún en la actualidad, la existencia de un norte con una población predominantemente hispanizada, frente a un sur más indígena que español, y que ambos giran alrededor de un centro ma-

toria" en este siglo, que es el libro de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, ed. FCE, México, 1976. Para el caso de México hay estudios interesantes, que se ubican siempre en el inicio de las obras clásicas, de Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, ed. Era, México, 1979; de Frank Tannenbaum, "La revolución agraria mexicana", en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. IV, núm. 2, abr.-jun., 1952, y de George Mc Cutchen Mc Bride, "Los sistemas de propiedad rural en México", en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. III, núm. 3, jul.-sep., 1951. De producción más reciente puede verse de François Chevalier, *La formación de los latifundios en México*, cap. I, ed. FCE, México, 1975 y las "Consideraciones ooreográficas" de Bernardo García Martínez en *Historia general de México*, tomo I, ed. de El Colegio de México, México, 1976. Particularmente interesantes en este sentido son los estudios de Ángel Bassols Batalla, "Consideraciones geográficas y económicas en la configuración de las redes de carreteras y vías férreas en México", en *Investigación Económica*, vol. XIX, núm. 73, ene. 1959. Queda, sin embargo, mucho por hacer respecto a este punto de la influencia de la base geográfico natural de nuestro país sobre la particular evolución histórica nacional a lo largo de sus distintas etapas.

⁷ Y esto son en mucho los ferrocarriles. Sólo con ellos, la unidad de los tres países que hoy es México se vuelve fluida, regular y verdaderamente orgánica, adquiriendo además su dimensión o escala pertinente e históricamente posible. Al respecto, cfr. de John Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el Porfiriato*, ed. Era, México, 1984.

yoritariamente mestizo. La huella de la diversidad geográfica y de sus implicaciones hacia la composición demográfico-racial, aunque encuentra condiciones mucho más propicias para su uniformación en la unidad geográfico-espacial, no se disuelve totalmente y de golpe, sino que se va diluyendo progresivamente en función de su propia dinámica y bajo la influencia del restante entorno social.

De este modo, el proceso de formación del mercado interno, apoyado en el movimiento de unificación espacial del país, tendrá que enmarcarse también en un ámbito constituido por tres países demográficamente diversos en cuanto a su componente racial, y por tanto con hábitos culturales matizados por este distinto predominio étnico; tres zonas o macrorregiones con marcadas diferencias en cuanto al modo de concebir la vida y la realidad. Lo que, aunque no es un obstáculo directo para la formación de ese mercado interior nacional, sí determina diversas formas de su penetración y desarrollo.

Porque si al mercado interno no le interesa demasiado la composición racial de la población, sí le preocupa su movilidad y distribución espacial específica. Si para desarrollarse, el capital industrial, requiere de la fuerza de trabajo libre en escala masiva, entonces la población desposeída de los medios de producción debe trasladarse precisamente allí donde se desarrolle y amplíe la propia industria. Lo que si bien no es forzoso, sí puede verse acelerado u obstaculizado por estas peculiaridades étnicas y culturales de los distintos grupos demográficos que se reparten desigualmente el territorio nacional.⁸ Así, la formación del mercado interno para el capital industrial, no sólo supone la existencia de vías de comunicación fluidas y adecuadas a escala nacional, sino también la circulación totalmente libre o movilidad constante y renovada de la población, por esas mismas vías.

Pero si el mercado interno, en tanto unidad económica, sólo puede existir apoyado en la unidad geográfica y salvando ciertos obstáculos que podría oponerle la diferenciación demográfico-racial —por citar sólo dos

⁸ Por mencionar sólo una ulterior línea de investigación, preguntamos ¿hasta qué punto la "cultura ranchera" del norte, caracterizada por François-Xavier Guerra como una cultura más nueva, más egoísta, menos creyente y tradicional, más "militarizada" y de confianza en las propias fuerzas, menos proclive a creer en la predestinación y sí en cambio en el azar y la aventura, y en general mucho más independiente e individualista que otras "mentalidades" de grupos sociales nacionales, tiene que ver con el predominio de la población mestiza y sobre todo blanca norteña, a diferencia en cambio del sur del país, donde la mayor persistencia de la comunidad indígena sería en cambio el espacio adecuado para la pervivencia también mayor de una cultura más tradicional, más religiosa y que concibe al mundo como algo más establecido y predeterminado, cultura más comunitaria, donde el individuo es aún parte de un todo superior que en cierta forma lo subsume, etcétera? Está claro que la primera "cultura" o "mentalidad" es mucho más favorable al proceso de formación del mercado interno que la segunda. (Sobre la "cultura ranchera" mencionada, *cfr.* el artículo de Guerra, "La Revolution Mexicaine: D'abord une revolution miniere?", pp. 798-800, en *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, vol. XXXVI, núm. 5, sep., 1981.

de sus muchas condiciones—, también es cierto que es el soporte básico de un cuerpo político nacional, la infraestructura del Estado nacional y del proyecto político de nación que anima a este aparato estatal moderno.

Porque sin mercado interno y sin la continuidad económica que él brinda, se hace difícil la continuidad de los flujos económicos —que bajo la forma de impuestos, contribuciones, pago por servicios, etcétera, son las fuentes económicas del sostenimiento estatal—, y se entorpece también la posibilidad de un gobierno efectivo, de la imposición general de las leyes y normas de conductas sociales y políticas que legitiman el orden representado en dicho Estado moderno. Éste reivindica hacia el exterior la soberanía territorial y la autonomía de mando sobre una nación, sólo en la medida en que mantiene, impone y reproduce una voluntad y comportamiento colectivos en el interior del país. Lo que no sólo presupone el reconocimiento igualmente nacional de su autoridad, sino también la subordinación y encuadramiento de los distintos poderes locales y nacionales, al rumbo y dirección establecidos por este mismo poder central. Y esto, aunque no se reduce ni mucho menos a su trasfondo económico, sí encuentra apoyo fundamental en el mismo ámbito económico del mercado interno nacional.⁹

Incluso el intento de crear una cierta identidad cultural nacional toma como una de sus referencias importantes al propio mercado nacional. Ya que sólo a partir de la unidad espacial, económica, política y social es que puede fundarse una unidad cultural: el “ser mexicano” en lo cotidiano y en lo social, supuestamente por encima y antes de ser miembro de un grupo indígena, parte de una clase social específica o de alguna concepción religiosa o irreligiosa del mundo.

De este modo, el problema de la formación del mercado interno rebasa con mucho la esfera de lo puramente económico, para imbricarse también con los elementos geográficos, demográficos, sociales, políticos y culturales de un proceso mucho más vasto; el proceso de la historia global de la Revolución mexicana, cuyo resultado último no es otro que el espectro contemporáneo del México actual.

El estudio del mercado interno, como el estudio de cualquier problema social de cierta importancia, nos conduce entonces nuevamente a una visión globalizante del proceso social que lo enmarca, y que para el caso de México no es otro que el proceso que en términos temporales o de periodización, abarca desde el mismo Porfiriato hasta el régimen cardenista post-revolucionario. Veámoslo con más detenimiento.

⁹ De ahí la importancia de la centralización política como factor coadyuvante para la integración del mercado interno nacional. Centralización que en el caso de México es uno de los aportes básicos del régimen porfirista, (*cfr.* *Los grandes problemas nacionales*, cit. pp. 132-147).

II. *Los antecedentes del mercado interno nacional*

A nuestros ojos, la unidad de Francia, bien entendido que no su historia, no se afirma verdaderamente ni con Juana de Arco, ni incluso completamente con la Revolución Francesa, sino indudablemente con las tardías ligazones de los ferrocarriles, en su tiempo milagrosos, y con la extensión de la escuela primaria.

Fernand BRAUDEL, *L'Identite de la France, Espace et Histoire.*

Para avanzar un poco más en la comprensión cabal del contenido y características de la Revolución mexicana, intentamos centrarnos en un enfoque poco explotado hasta ahora como vía de entrada específica al análisis e interpretación de dicho proceso. Y para esto, partimos de la hipótesis de que uno de los problemas centrales que México enfrentaba a fines del siglo pasado y durante la Revolución, visto desde la perspectiva particular de la economía, era el problema de la creación, para el capital industrial, de las condiciones y elementos materiales para el desarrollo del mercado interno en nuestro país.

Ese era el problema económico central que se dirimía desde el Porfiriato y hasta el cardenismo en México. ¿Por qué? Porque sólo desarrollando el mercado interno para el capital industrial, una nación se consolida orgánicamente como verdadera nación capitalista, y crea una real sociedad burguesa en el sentido estricto del término.

Al integrar este mercado interno nacional, el país en cuestión crea una economía capitalista completa¹⁰ sobre la cual se apoyan y pueden desenvolverse tanto la sociedad civil burguesa (nucleada en torno al cálculo egoísta y el afán de lucro), como el Estado burgués democrático clásico (centralizado, parlamentario y sometido al dominio indirecto del capital); la sociedad predominantemente urbana industrial (donde la ciudad subordina al campo y lo reordena en función de sus necesidades), y la ideología racionalista burguesa (anticlerical por esencia y racionalista por vocación), con sus valores sagrados de libertad, igualdad y fraternidad, todo dentro de la propiedad privada.¹¹

¹⁰ No hasta entonces con afirmar la existencia del modo de producción capitalista en un país cualquiera. Es necesario marcar en qué grado de desarrollo real y en qué ámbitos específicos se da esta "existencia". Al respecto, *cfr.* las interesantes críticas de Alan Knight en su artículo "The Mexican Revolution. Bourgeois? Nationalist? or just a 'Great rebellion?'" en *Latin American Research*, vol. 4, núm. 2, 1985.

¹¹ De ahí que todas las caracterizaciones derivadas o explicativas de la Revolución, que afirman que a través de ella México pasó de ser "una sociedad predominantemente agraria" a "una sociedad básicamente urbana", o transitó de "sociedad

Por tanto, si México se hallaba comprometido desde la segunda mitad del siglo XIX en un proceso de desarrollo del capitalismo, era lógico que tarde o temprano se enfrentara al problema de estructurar y afianzar su propio mercado interno nacional, para su burguesía industrial —burguesía industrial que es, sin duda, el único grupo social que puede desenvolver en todos los terrenos y hasta el extremo, los rasgos específicamente capitalistas de una formación social cualquiera.

Ahora bien, ¿cómo se crea el mercado interno para el capital industrial? De una manera esquemática, podemos responder que dicho mercado se crea al integrar unitariamente, en escala nacional, los tres “submercados” o mercados diferenciales parciales que lo constituyen: el mercado de fuerza de trabajo, el mercado de mercancías propiamente dicho y el mercado de dinero o monetario. La creación del mercado interno de un país corre pareja con la formación combinada y simultánea de estos tres mercados parciales,¹² y dicha creación implica, entre otras cosas:

a) la consolidación y rápido crecimiento de la división social del trabajo dentro del ámbito general de la economía, que se traduce en una clara y acelerada subdivisión y especialización productiva de las regiones, ramas, subramas y esferas constitutivas de la estructura económica considerada;

b) una expropiación importante y en escala social de los productores directos, lo que los convierte en fuerza de trabajo liberada de sus medios de producción y potencialmente utilizable por el capital;

c) un desarrollo importante de los medios de comunicación en general, lo que permite tanto la integración nacional de un solo mercado de mercancías, como la movilidad sin trabas de la propia fuerza de trabajo;

d) la creación de un sistema bancario y de un crédito ágil y flexible, que permita la inversión, ahorro, acumulación y redistribución de los capitales, para el mayor desarrollo del capital industrial;

tradicional a sociedad moderna”, así como las afirmaciones sobre “la génesis de un nuevo tipo de Estado”, del “nacionalismo cultural” de ciertos grupos o caudillos o del “anticlericalismo militante” de ciertas zonas del país, pudieran encontrar un referente importante, en cuanto a la base económica de estos procesos, en dicho desarrollo y afirmación del mercado interno nacional para el capital industrial en proceso de formación.

¹² De entrada, entonces, concebimos la formación del mercado interno de un modo mucho más amplio que como es concebida tradicionalmente. Para nosotros no se trata sólo de crear la demanda nacional para los productos agrícolas o industriales del país, sino de crear los tres submercados funcionales constitutivos del mercado capitalista en su acepción más estricta (cfr. sobre este punto los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, tomo I, pp. 216-224, 469-474 y tomo II, pp. 8-9, Siglo XXI Eds., México, 1971-1976). Diversos tratamientos teóricos y aplicaciones interesantes del problema del mercado interno, aunque en muy distintas direcciones, pueden verse en *El Capital*, tomo I, cap. XIII, punto 10, y cap. XXIV, ed. Siglo XXI, México, 1975, en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, ed. Estudio, Buenos Aires, 1973; en *Capitalismo e mercado nazionale in Italia*, ed. Riuniti, Roma, 1966 y en *Civilización material, economía y capitalismo*, op. cit., tomo III, capítulo IV.

e) un aumento importante de la productividad agrícola, lo que libera a la población del campo para su ocupación en la industria;

f) una redistribución de la población nacional, donde la población urbana crece a expensas de la población rural y pasa a engrosar el rápido crecimiento de las ciudades, ahora en proceso de expansión;

g) un cambio de la relación tradicional entre el campo y la ciudad; la ciudad domina al campo, que se convierte en proveedor de medios de subsistencia y materias primas baratas para el capital industrial. A su vez, el campo depende crecientemente de los insumos urbanos para su desarrollo—desde sistemas de riego hasta fertilizantes y maquinaria diversa—;

h) un desarrollo importante de la escolaridad de la población, sobre todo urbana, lo que incrementa su calificación y facilita su inserción como fuerza de trabajo en la industria;

i) una previa concentración de importantes masas de dinero en manos del capital comercial y/o usuario, que también se debe haber desarrollado en una cierta escala importante;

j) una incipiente subsunción de los procesos de trabajo precapitalistas, a la lógica mercantil o ya capitalista (lo que se presenta sobre todo en la esfera del trabajo agrícola), que bajo múltiples formas va preparando la futura reordenación del campo por el capital industrial, y

k) como resultado de varios puntos anteriores, la existencia de mercados regionales o locales, que van prefigurando y preparando el espacio económico necesario para el futuro mercado interno nacional.

Todos estos rasgos, van conformando, directa o indirectamente, el contenido básico de los tres mercados parciales y por esa vía, el esqueleto fundamental del mercado interior unitario y exclusivo para todo el país. Veamos ahora cómo es que se desenvuelve este proceso general y sus distintas líneas evolutivas particulares, en el caso de México.

¿Cómo y cuándo se inicia en México este proceso de formación del mercado interno para el capital industrial y qué rumbos y vicisitudes presenta su evolución? Luego de que la guerra de 1848 definió los límites exteriores de nuestro país, delimitando el espacio territorial de la futura nación mexicana,¹³ México vivió aún por tres décadas más un período de claro estancamiento económico que se arrastra desde la Independencia, y que bajo las condiciones de conflictos internos y de intervención extranjera no hace más que acentuarse.

Así, al iniciarse el Porfiriato, México era en realidad un solo espacio geográfico que comprende en su interior tres países distintos y con poca relación entre sí. Lejos de ser una sola estructura económica con funcionamiento unitario y orgánico, el país se presenta como la síntesis de tres dinámicas macrorregionales diversas y poco imbricadas las unas con las otras.¹⁴

¹³ Cfr. el artículo de Alejandro Mungaray L., "La formación histórica de la frontera norte de México", en *Economía Informa*, núm. 124, ene., 1985.

¹⁴ Es un mérito importante de Friederich Katz el haber puesto en el centro de

Porque la diversidad específica de la base geográfico-natural del país se expresa, como ya hemos dicho, también como heterogeneidad de desarrollo demográfico, de composición racial, de previo progreso histórico y de distinto tipo de actividad económica, creando así las diferencias entre el norte, el centro y el sur del territorio nacional.

Hacia fines de la séptima década del siglo pasado, México contaba con tres grandes macrorregiones: una primera macrorregión norteña, esencialmente minera y ganadera, que para entonces se encontraba aún muy poco poblada, aislada y mal comunicada con el resto del país; que vivía todavía el acecho de las repetidas incursiones de los apaches y que poseía una dinámica débil aunque autónoma. Esta zona se caracteriza entonces por ser un territorio o "país" no integrado, no colonizado ni dominado orgánicamente por el poblamiento y la obra humanos. Y en consecuencia, se trata de un espacio o "país" virgen, relativamente nuevo, completamente abierto a la conquista efectiva de los propios mexicanos.

La segunda macrorregión de México es el sur del país, que presentaba ciertas similitudes con el norte, pero también fuertes y profundas diferencias. Al ser una zona con mucha más tradición y vida históricas, el sur era también una región de muy baja densidad demográfica, y que padecía también, tal vez en mayor medida que el norte, la falta de comunicaciones con otras zonas del país. Caracterizado por ser un territorio geográfico de difícil acceso, el sur era una macrorregión predominantemente indígena, de economías locales muy cerradas, de formas y figuras sociales muy atrasadas que confluyen en una dinámica específica ya establecida desde hace mucho tiempo. A diferencia del norte, el clima hostil, la vegetación exuberante, las zonas montañosas y la menor variedad de recursos económicos inmediatos, hacían de esta región un espacio que lejos de invitar a su apropiación y colonización, parecía más bien repeler la penetración y el dominio humanos.

Por último, la tercera gran macrorregión, el centro del país. Con la mayor concentración demográfica de todo el territorio, con una rica historia de varios siglos y con actividades y flujos sociales bien delimitados, constituye el verdadero escenario de toda la historia anterior. Siendo la zona del más alto desarrollo económico, cultural, político y social, el centro del país se afirma a principios del Porfiriato como el eje tradicional y como

sus estudios esta primera subdivisión macrorregional del territorio nacional. Aunque ya antes había sido señalada por algunos autores —*cfr.* nota 6— no había sido aún incorporada como elemento central del análisis; como parte orgánica de la explicación global, lo que hizo precisamente Katz (*cfr.* especialmente *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, ed. Era, México, 1980; *La guerra secreta en México*, ed. Era, México, 1982 y el artículo "El campesinado en la Revolución Mexicana de 1910" en *El Trimestre Político*, vol. I, núm. 4, abr., 1976. En estos trabajos y en general en el enfoque analítico de Katz se abre entonces una línea de investigación que está aún siendo desbrozada por los nuevos investigadores, pero que está lejos de haber sido agotada en toda su riqueza e implicaciones posibles.

el punto de partida obligado de los incipientes y dispares desarrollos de las otras dos macrorregiones (véase el mapa núm. 1).

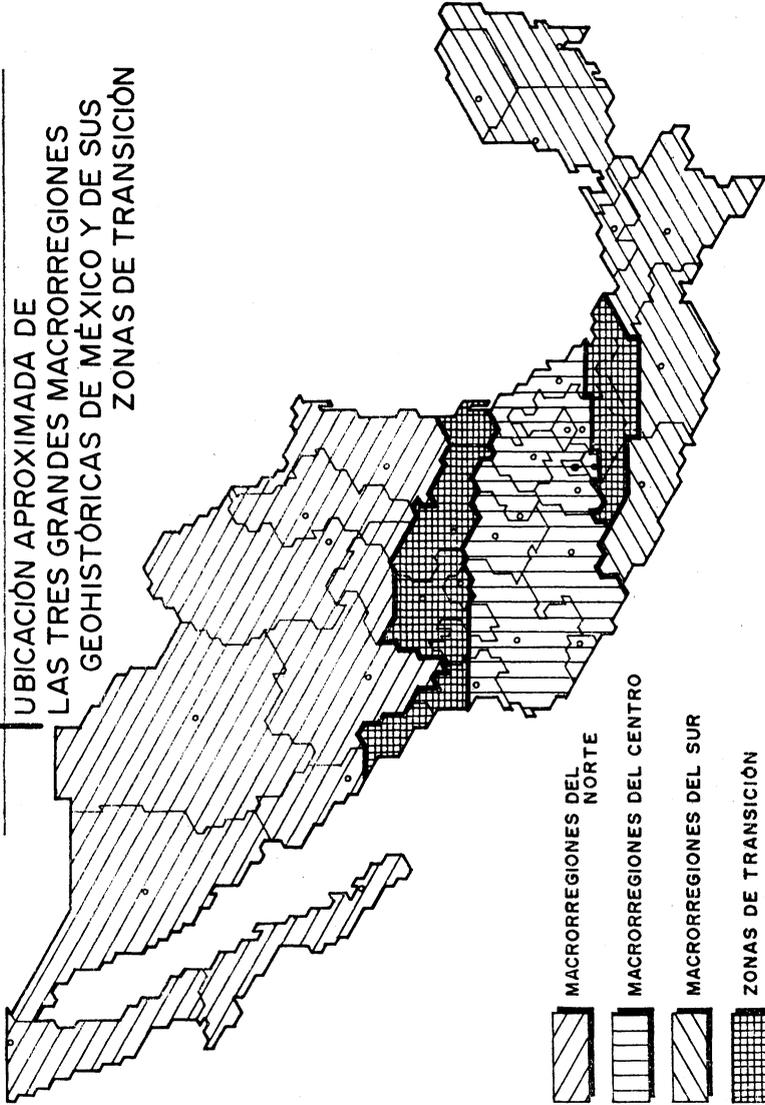
Sobre este mosaico desigual de tres grandes macrorregiones,¹⁵ con dinámicas globales divergentes, se inicia el régimen porfirista. Y la obra que este régimen lleva a cabo, en lo que toca al proceso de formación del mercado interno nacional, puede resumirse en dos grandes líneas de evolución. Por un lado, y terminando con el estancamiento de la economía, el período de Díaz va creando progresivamente las condiciones para el libre desarrollo de las tres dinámicas macrorregionales aludidas. Al permitir el fortalecimiento y desarrollo, diferencial y peculiar, de cada una de las tres economías en juego, el Porfiriato hace viable, para cada una de ellas, alcanzar la más alta estructuración posible de sus respectivos mercados regionales iniciando, con alcances y posibilidades muy desiguales, la conformación de sus respectivos submercados de fuerza de trabajo, de mercancías y dinerarios.

Por el otro lado, y en una escala también considerable, el Porfiriato comienza a construir los primeros puentes de unidad entre estas tres economías distintas: al desarrollar toda la importante infraestructura de las comunicaciones y los transportes en escala nacional, el gobierno de Porfirio Díaz crea de hecho la unidad espacial efectiva y orgánica de México, creando así una de las precondiciones básicas de su ulterior unidad económica.

Porque al tender la impresionante red de vías férreas a lo largo y ancho de todo el territorio nacional, el régimen porfiriano establece los lazos estructurales de vinculación geográfica del centro con el norte y con el sur, marcando, en el sentido más literal, los caminos posibles de su variada y múltiple interconexión, de su abierto e indeterminado intercambio general. Esta obra de gran trascendencia, se complementa adecuadamente con

¹⁵ Partiendo de la idea de que la primera gran subdivisión de la base geográfica nacional se refiere a estas tres grandes zonas o espacios señalados, creemos totalmente pertinente hablar de tres grandes macrorregiones históricas con también grandes dinámicas globales identificables como rasgos generales para cada uno de estos tres amplios espacios del país. Esto no niega, sin embargo, el hecho evidente de que dentro de cada una de estas macrorregiones puedan existir importantes excepciones, lo mismo que no invalida la posibilidad —y en otro plano de análisis más detallado, la necesidad— de subdividir estas macrorregiones en sus regiones menores componentes, marcando allí las claras zonas intermedias o de transición que son como el punto de unión de las macrorregiones y regiones diversas. Así, una subdivisión más puntual consideraría la región noroeste, el centro norte y el noreste; la clara zona de transición entre centro y norte (que cubre la mitad inferior de Sinaloa, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, y Nayarit); el centro occidente —con su zona privilegiada del Bajío—; el centro propiamente dicho y la región del Golfo central, la zona de transición del centro-sur, y por último el suroeste (con sus tierras altas chiapanecas) y el sureste de México con su planicie yucateca. Lo cual nos permitiría pasar al estudio de las dinámicas regionales que animan desde la base a las grandes dinámicas macrorregionales y explican también sus distintas expresiones particulares. Sin embargo y para los fines analíticos de nuestra investigación, es suficiente esta primera subdivisión macrorregional.

MAPA 1 | UBICACIÓN APROXIMADA DE
LAS TRES GRANDES MACRORREGIONES
GEOHISTÓRICAS DE MÉXICO Y DE SUS
ZONAS DE TRANSICIÓN



- MACRORREGIONES DEL NORTE
- MACRORREGIONES DEL CENTRO
- MACRORREGIONES DEL SUR
- ZONAS DE TRANSICIÓN

las importantes tareas de construcción y perfeccionamiento de los puertos marítimos, con el desarrollo del telégrafo, con el crecimiento de la red telefónica, con el avance hacia un ágil sistema de correos y con la abolición casi total del sistema de alcabalas locales internas. Procesos todos que aceleran la unificación territorial efectiva de los distintos grupos sociales asentados dentro de nuestras fronteras.

Pero decir unidad espacial, no es decir automática y necesariamente unidad económica. Esta última sólo se esboza durante el Porfiriato, que más bien avanza en el sentido de crear las condiciones necesarias para su ulterior realización. Veamos a través de qué mecanismos particulares.

La macrorregión del norte, singularizada como hemos visto por ser la zona más nueva y virgen del país, será durante el Porfiriato y sin duda alguna, el espacio que, comparativamente hablando, tendrá el más rápido e impetuoso desarrollo económico, dejando muy atrás, en este nivel específico, a los paralelos desarrollos del centro y el sur.¹⁶ Al consolidar velozmente las formas más modernas de las distintas actividades económicas, el norte de México conoce simultáneamente una modernización global de toda su estructura social, así como los más altos desarrollos de todo el país.¹⁷

Ello se debe, en medida muy importante, a un doble auge inducido desde el "exterior" de esta misma macrorregión. En primer lugar, y como elemento tal vez central, a partir del vertiginoso desarrollo de la minería norteña que, dicho en términos de los economistas modernos,¹⁸ habrá de funcionar durante el Porfiriato como la verdadera "rama de punta" de la economía del norte, desencadenando sobre el resto de la economía un "efecto multiplicador" de importantes consecuencias.

Porque el despegue porfirista del norte ha comenzado claramente en la actividad minera, pero sólo para propagarse desde ahí hacia el conjunto de las otras actividades económicas. Y esto por la naturaleza misma del

¹⁶ Sobre el desarrollo del norte de México puede verse el artículo de Barry Carr, "Las peculiaridades del norte mexicano, 1880-1927. Un ensayo de interpretación", en *Historia Mexicana*, vol. XXII, núm. 87, ene.-mar., 1973, rico sobre todo en señalar problemas y vetas de investigación. También el capítulo primero de *La guerra secreta en México*, op. cit. y *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*. Todos los artículos y trabajos que hablan sobre el desarrollo económico del Porfiriato —y que citaremos parcialmente más adelante— aluden siempre en mayor o menor medida a este impetuoso desarrollo del norte del país.

¹⁷ Lo que se hace evidente, por citar sólo una expresión clara de esta modernización general, es el hecho de que el más alto grado de alfabetización en 1910 corresponde, globalmente hablando, a esta macrorregión norteña. Al respecto véase el mapa núm. 2.

¹⁸ Referido en cambio en términos de los contemporáneos a ese proceso, se afirmaba en 1872 que "respecto de la industria minera, cuyos productos han asombrado a los estadistas, y que debemos reputar como la primera del país, es indudable que un sistema de ferrocarriles la conduciría a su perfecto desarrollo", (dictamen de la Comisión de Industria de la Diputación Permanente, México, 1872, citado en el artículo de Ángel Bassols B., "Bosquejo histórico-geográfico del desarrollo de la red de vías férreas en México", p. 742, en *Investigación económica*, vol. XX, núm. 79, julio de 1960).

desarrollo minero y por la gran cantidad de insumos exteriores que su desarrollo requiere.

Pues la minería, que a lo largo del Porfiriato se moderniza rápidamente, presenta en México desde el año de 1900 en adelante, los avances tecnológicos más importantes de la rama en el mundo, y pasa al mismo tiempo de la casi exclusiva producción de metales preciosos, a la diversificación y a la producción de metales industriales, cuya demanda se acelera en el plano internacional precisamente por estas épocas. Así, creciendo internamente por el camino de una rápida modernización, la minería norteña afecta directamente a todo su entorno inmediato: la economía macrorregional del norte del país.¹⁹ (Véase la gráfica núm. 1).

Porque la minería, cuyo producto no alimenta directamente a sus propios productores, demanda lógicamente los cereales y bienes de subsistencia necesarios para la reproducción de su fuerza de trabajo, lo que activa o reactiva, según los casos, la producción agrícola de cereales, pero no como producción en pequeña escala y para la autosubsistencia, sino en gran escala, para abastecer un mercado creciente de bienes de subsistencia, y por tanto como producción moderna, con sistemas de irrigación y con una clara orientación mercantil.²⁰

Esta producción agrícola comercializable no sólo alimenta parcialmente a la fuerza de trabajo minera, sino también al ganado, con lo que se transforma también en producción de forrajes. El ganado es utilizado por la misma minería como fuerza de tracción dentro de las minas, como medio de transporte de maderas hacia la mina de metales y minerales desde ella hacia las haciendas de beneficio, las estaciones del ferrocarril o las ciudades cercanas que son su destino inmediato.

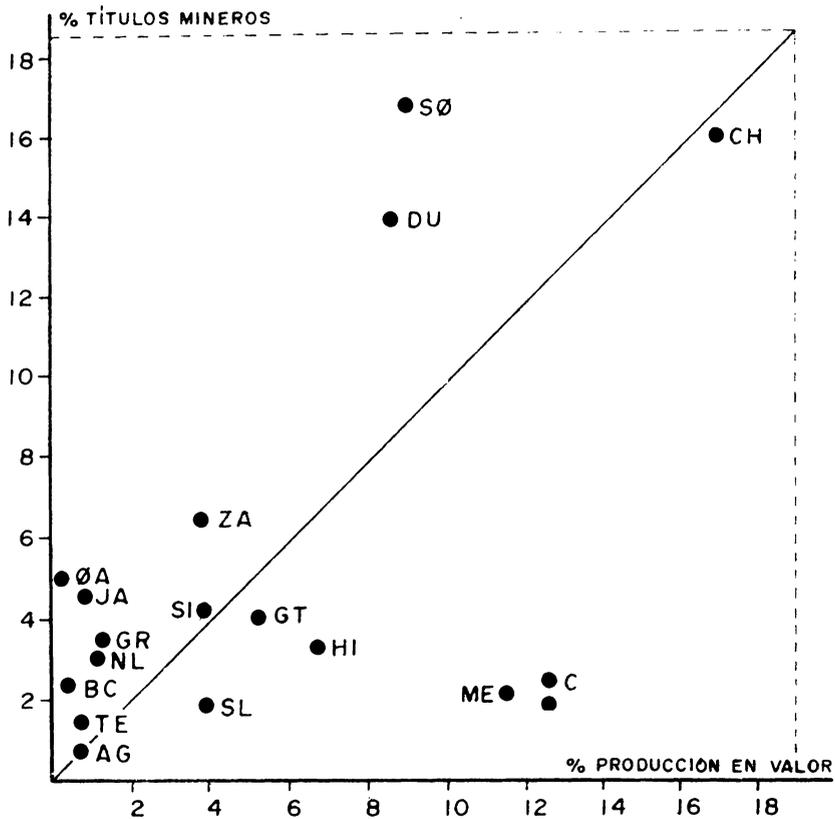
Se consolida entonces una cierta agricultura comercial y la ganadería, que se complementan con la promoción de una incipiente producción manufacturera o industrial de la pólvora y de vigas de hierro, también requeridas como infraestructura para el desarrollo minero. El efecto multiplicador de las principales ramas económicas productivas se expresa finalmente como crecimiento de los flujos del comercio, como engrosamiento claro de los circuitos comerciales a través de los cuales circulan los bienes y productos nuevos.

¹⁹ *Cfr.*, sobre este punto, "La Revolution Mexicaine: D'Abord une revolution miniere?", *op. cit.*, pp. 791-797.

²⁰ No se nos escapa el hecho de que en el norte, las zonas susceptibles de dedicarse a la producción cerealera y de bienes de subsistencia primarios son zonas claramente escasas. Lo que intentamos subrayar aquí es el efecto modernizador que aún sobre esas zonas limitadas de agricultura ha ejercido la minería. Pero sin duda también es claro que en ocasiones, el minero ha sido continua y alternativamente un trabajador semi-minero y semi-agrícola, obteniendo en una agricultura pequeña de autosubsistencia, parte de su reproducción material (*cfr.* "La Revolution Mexicaine..." *op. cit.*). Igualmente es claro que el norte sólo ha podido crecer, en general, recurriendo también para su abastecimiento a los excedentes de producción cerealera del centro de México, dato cuya importancia económica veremos más adelante.

GRÁFICA 1

LOS ESTADOS MINEROS EN 1907: NÚMERO DE TÍTULOS MINEROS Y PRODUCCIÓN EN VALOR (EN %)



FUENTE: FRANÇOIS XAVIER GUERRA, *LE MEXIQUE: DE L'ANCIEN RÉGIME A LA RÉVOLUTION*, TOMO II, p. 234.

Este importante desarrollo comercial se ve además alimentado por el segundo auge que por estas épocas conoce la economía norteña. De modo paralelo al crecimiento de la minería y de todas sus "ramas abastecedoras", se consolida una agricultura comercial y en gran escala de productos requeridos desde "fuera" de dicha economía. La creciente demanda de algodón por parte de la incipiente industria textil nacional, y la exitosa exportación de garbanzo, entre otros productos, hacen posible el desarrollo de una agricultura moderna en la macrorregión norteña, agricultura que dadas las condiciones naturales de la zona, sólo es posible con modernos y caros sistemas de irrigación. Esto significa que sólo puede ser y es asumida por una verdadera burguesía agraria que, invirtiendo sus capitales en este tipo de producción, espera lógicamente acrecentar su rendimiento y productividad, obteniendo las más altas ganancias posibles. De este modo, y en parte debido a las mayores dificultades geográfico-naturales para el desarrollo agrícola, es que el norte es capaz de impulsar la hacienda norteña capitalista, la célula básica constituida por unidades agrícolas muy modernas, que emplean únicamente fuerza de trabajo asalariada, a la que atraen a través de más altos salarios relativos y a la que explotan bajo las formas típicas de los procesos de trabajo capitalistas.²¹

Por tanto, es a partir de las consecuencias conjuntas del auge minero y del auge de la agricultura comercial que la economía del norte se desarrolla durante el Porfiriato como una economía altamente moderna y modernizante.²² Lo que unido al hecho de que el norte constituye un espacio nuevo y abierto, permite la creación de una sociedad que, apoyada en esta economía moderna, es también una sociedad poco tradicional y muy desarrollada.

Porque a tono con el impetuoso y dinámico avance económico se da también el crecimiento demográfico, la colonización y el poblamiento de

²¹ Sin exagerar el peso global de esta hacienda capitalista norteña —que en esta fase se halla apenas en sus momentos iniciales—, creemos sin embargo que la misma constituye la clara unidad predominante dentro de la agricultura norteña, la célula básica elemental para la comprensión de la compleja estructura agraria del norte, con sus colonias militares, sus ranchos, sus comunidades indígenas marginales y sus pequeños propietarios agrícolas. Desgraciadamente, parece haber hasta el momento pocos estudios de caso sobre estas haciendas norteñas capitalistas dedicadas a la agricultura y a la ganadería (cfr. por ejemplo *La servidumbre agraria en México...*, *op. cit.*, o "El campesinado en la Revolución Mexicana de 1910", *op. cit.*).

²² El mejor análisis global de la economía norteña es, a nuestro modo de ver, el que se haya incluido en el artículo de Fernando Rosenzweig, "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911" en *El trimestre económico*, vol. XXXII, núm. 127, jul.-sep. de 1985. En una línea de interpretación totalmente distinta puede verse el artículo de Leopoldo Solís, "Hacia un análisis general a largo plazo del desarrollo económico de México", en *Demografía y economía*, vol. I, núm. 1, 1967. Cfr., también los desarrollos de François-Xavier Guerra en su libro *Le Mexique: de l'Ancien Régime a la Revolution*, particularmente tomo I, capítulo VI, ed. L'Harmattan, París, 1985. Otra línea de preocupaciones sobre este mismo punto en el artículo de Appendini, Murayama y Domínguez, "Desarrollo desigual en México 1900 y 1960" en *Demografía y economía*, vol. VI, núm. 16, enero, 1972.

esta amplia macrorregión (véase al respecto el cuadro núm. 1). Las nuevas ramas económicas no sólo atraen población del centro con el imán de los altos salarios, sino que intensifican también la reproducción natural de la población ya ubicada dentro de la región, al mejorar sus condiciones generales y su nivel de vida, lo cual hace crecer de un modo llamativamente veloz los nuevos y pujantes centros urbanos del norte del país. Pero puesto que se trata de una economía orientada desde entonces por los criterios capitalistas, resulta claro que al crecimiento urbano, al impulso demográfico y a la atracción de nuevas fuerzas de trabajo, los acompaña un proceso doble de expropiación de las tierras de las antiguas colonias militares, y de deslinde, reconocimiento y apropiación totales de las aún remanentes tierras baldías de la zona.²³

CUADRO 1

LAS MIGRACIONES INTERIORES EN 1910. PRINCIPALES ESTADOS

<i>Los estados receptores</i>			<i>Los estados "exportadores"</i>		
	<i>A</i>	<i>B</i>		<i>A</i>	<i>B</i>
Distrito Federal	45.6	27.7	Zacateras	23.6	10.7
Coahuila	31.7	9.7	México	14.3	13.5
Tepic	19.1	2.7	San Luis Potosí	13.2	7.8
Tamaulipas	13.1	2.7	Guanajuato	9.4	9.7
Durango	12.7	5.2	Hidalgo	8.7	5.3
Sonora	12.6	2.8	Jalisco	8.0	9.2
Nuevo León	12.4	3.8	Puebla	6.0	6.3
Chihuahua	12.1	4.1	Michoacán	4.9	4.6
Veracruz	8.5	8.1			

A: en % por relación a la población total del Estado.

B: en % por relación a la cifra nacional de migrantes.

FUENTE: François-Xavier Guerra, *Le Mexique: de l'Ancien Regime a la Revolution*, tomo I, p. 307.

Porque con la legislación porfirista sobre terrenos baldíos, se desarrolla en el norte la conversión total de toda la tierra a propiedad privada, proceso que crea el monopolio de la propiedad terrateniente y bloquea así la

²³ Lo que está claramente desarrollado en el artículo de Jan de Vos, "Una legislación de graves consecuencias", en *Historia mexicana*, vol. XXXIV, núm. 133, jul.-sep. de 1984.

posibilidad de que la creciente migración del centro hacia el norte sea algo distinto del ensanchamiento del mercado de trabajo norteño. Sin posibilidad de acceso directo a la propiedad de la tierra,²⁴ la población que migra hacia el norte no hace más que engrosar el mercado de trabajo de la economía norteña y proveer la fuerza de trabajo asalariado libre que requieren la minería, la agricultura y la ganadería comerciales; la industria incipiente y el comercio. Esto, siguiendo el mecanismo clásico de formación del mercado laboral, se complementa con la expropiación de las colonias agrícolas militares y de algunas comunidades indígenas, las que separadas de sus tierras, también alimentan el mencionado mercado de fuerza de trabajo libre.²⁵

Este progreso económico y demográfico estimula y acelera por estas vías el desarrollo de la infraestructura de comunicaciones de la zona. El tendido de las líneas ferrocarrileras, que como hemos visto es uno de los grandes aportes del Porfiriato, no hace más que aumentar el valor de los distintos terrenos que comunica, vinculando además a la producción norteña con el exterior y con las restantes macrorregiones del país. Con los ferrocarriles no sólo puede desplazarse más fácilmente hacia el norte la población migratoria, sino que también tienen salida y entrada más ágiles el conjunto de las mercancías y productos que demanda y produce esta economía norteña.²⁶

De esta manera, los distintos mercados regionales que conforman la economía del norte se caracterizan por su alto grado de modernización, lo que se hace también patente en el carácter de los tres submercados funcionales que conforman el esqueleto del mercado interior. El mercado laboral norteño es entonces un claro mercado de fuerza de trabajo nueva, migrante y emprendedora que alterna constantemente distintas ocupaciones: las minas, la agricultura comercial, cruzar la frontera hacia los Estados Unidos o emplearse eventualmente en las nacientes industrias de la región.²⁷ Esta fuerza de trabajo con altos salarios relativos, con un mayor desarrollo cultural, más moderna y abierta a influencias ideológicas par-

²⁴ Ya Marx había llamado la atención sobre la conexión lógica e histórica entre el monopolio total de la propiedad territorial y el trabajo asalariado. Cfr. al respecto sobre todo su *Historia crítica de las teorías de la plusvalía*, ed. Cártago, Buenos Aires, 1984.

²⁵ Cfr. "El campesinado en la Revolución mexicana de 1910", ya mencionado.

²⁶ Sobre este desarrollo véase *El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato*, op. cit., además del artículo que intenta prolongar el argumento de este libro al abordar las implicaciones políticas de este proceso: "Railroads, landholding and agrarian protest in the early Porfiriato", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 54, núm. 1, feb., 1974.

²⁷ En este sentido es significativo el dato de que en vísperas de la Revolución, la cifra de desempleados era mucho más alta en el norte que en cualquier otra zona del país, lo que veremos con cuidado más adelante (cfr. el capítulo primero de *La guerra secreta de México*, op. cit.). También esto explica la hipótesis de que los más importantes contingentes de la breve fase armada maderista han sido reclutados entre los mineros desempleados, hipótesis sostenida por F. X. Guerra.

ticulares, más habituada a los libros y, por tanto más politizada, alimentará de modo importante los ejércitos norteños que participaron en la Revolución, dejando sobre ellos su impronta.²⁸

Por su parte, y como ya hemos visto, a este mercado laboral moderno y en expansión lo secunda también un activo y fluido mercado de mercancías que, apoyado en la revolución de las comunicaciones y el transporte porfiristas, logró integrar en su órbita a los distintos productos mineros, de la agricultura comercial, de la industria naciente y de la ganadería, haciéndolos circular lo mismo en el interior de la economía norteña que hacia el extranjero o hacia el centro del país. Este mercado 'mercantil' norteño expresa en el plano comercial el florecimiento de la propia economía que le da vida.

Economía que, acorde con estos progresos económicos generales, da nacimiento a un limitado aunque importante sistema de bancos regionales con derecho de acuñación local, que constituye los inicios de un crédito cuya evolución y afianzamiento durante el Porfiriato, quedan plasmados en el crecimiento proporcional de los depósitos a la vista y de los billetes —en suma, de los títulos de crédito emitidos por estos bancos regionales y locales—, frente a la moneda metálica corriente.²⁹

El desarrollo de este mercado dinerario primario que a su vez agiliza el movimiento de los otros dos submercados, completa la rápida modernización y el impetuoso desarrollo de la economía del norte de México.³⁰

A la luz de estos hechos, resulta claro que el tan mencionado auge económico del Porfiriato fue en gran medida el auge y desarrollo pujante

²⁸ Como ya ha dicho claramente Friederich Katz, faltan aún estudios concienzudos y más esclarecedores sobre la verdadera composición social de los ejércitos participantes en la Revolución.

²⁹ Como puede verse en el cuadro elaborado por F. Rosenzweig, en su artículo ya citado "El desarrollo económico de...", p. 425 y que reproducimos aquí:

COMPOSICIÓN DEL MEDIO CIRCULANTE
POR CIENTOS DEL TOTAL

<i>Total</i>	<i>Moneda metálica fuera de los bancos</i>	<i>Billetes en circulación</i>	<i>Depósitos a la vista</i>
1877-78	100.0	—	—
1881-82	94.3	5.7	—
1894-95	65.6	34.3	0.1
1900-01	46.2	45.6	8.2
1910-11	38.0	37.6	24.4

³⁰ Lo que queda claro con el rápido surgimiento de nuevos bancos locales estatales desarrollado durante el Porfiriato. *Cfr.* el artículo de Leonor Ludlow, "Estructura industrial, comercial y financiera", en particular el cuadro de la p. 28, en *Así fue la Revolución mexicana*, tomo I, ed. del Consejo Nacional de Fomento Educativo, México, 1985.

de la economía de la macrorregión nortea del país. Porque es el desarrollo del norte el que impulsó en una escala importante el crecimiento de las exportaciones,³¹ el que logró saldos favorables de la balanza de mercancías,³² el que impulsó la construcción de los ferrocarriles y la legislación sobre terrenos baldíos, el que hizo crecer el comercio y los nexos con la economía internacional, y el que en suma, creó las relaciones y figuras económicas y sociales más modernas y avanzadas de todo el territorio nacional.³³

Al iniciar la formación de las precondiciones y elementos del mercado interno nacional, el norte se coloca entonces durante el régimen porfirista a la vanguardia del desarrollo nacional, de los avances sociales, económicos, políticos y culturales del país, dando lugar a un desplazamiento del núcleo histórico general de la nación mexicana.

El Porfiriato vive entonces un proceso fundamental y de grandes alcances e implicaciones para la historia nacional: durante estas tres décadas de desarrollo asistimos a la reubicación o desplazamiento del eje o polo histórico del desarrollo general de nuestro país, que en esta época pasa del centro hacia el norte, el que a lo largo de los casi siete lustros que dura el gobierno de Díaz se afianza progresivamente como el nuevo centro hegemónico del progreso histórico, como el "país" del porvenir, como la punta de lanza del avance ulterior.³⁴

Porque durante el Porfiriato, y a diferencia del norte, podríamos decir que el centro se queda "rezagado" en su evolución. Reteniendo en sus manos el poder político central que constituye el Estado porfirista —y que desde nuestro punto de vista es el cuerpo político que expresa el dominio de los hacendados del centro, aliados de la burguesía comercial y usurera que se consolida y afianza a lo largo de todo el siglo XIX—, el centro permanece sin embargo a la zaga del progreso económico de la época. Al

³¹ Cfr. el artículo de F. Rosenzweig, "Las exportaciones mexicanas de 1877 a 1911", en *El trimestre económico*, vol. XXVII, núm. 108, oct.-dic., 1960.

³² Véase los datos precisos en las *Estadísticas económicas del Porfiriato. El comercio exterior 1877-1911*, ed. de El Colegio de México, México, 1960.

³³ Estamos plenamente conscientes del hecho de que gran parte de esta modernización de la economía nortea (como la del sur cuyo carácter veremos más adelante), se halla vinculada directamente a la penetración del capital extranjero en ciertas ramas de nuestra economía. Pero puesto que nos interesa sobre todo el proceso de formación del mercado interno nacional, no hemos insistido demasiado en el carácter extranjero del capital, más que allí donde esta naturaleza no nacional del mismo influye directamente sobre el proceso que nos ocupa. Una óptica distinta y más especificada que la nuestra retomaría tal vez con más cuidado este fundamental aspecto de la economía porfirista (sobreestimado sin embargo frecuentemente). Para nuestros propósitos, bástenos remitir al examen cuidadoso del cuadro número 2.

³⁴ Desplazamiento que a modo de hipótesis de investigación, plantearíamos que dura hasta el cardenismo. Una vez creado el mercado interno para el capital industrial, la industrialización avanzó a pasos de gigante, pero nuevamente concentrada en el centro de México, lo que le devolvió la hegemonía a esta macrorregión central (aun a pesar del desarrollo industrial de Monterrey).

concentrar a la gran masa de la población del país y permanecer como la tradicional "zona de los cereales";³⁵ el centro conserva a pesar de todo una estructura agraria con patrones claramente precapitalistas. Con una minería ubicada casi completamente en sus zonas marginales y cuyo auge histórico ya ha pasado hace tiempo (véase nuevamente la gráfica núm. 1), así como con un escaso desarrollo ganadero, la región central posee como actividad predominante la agricultura.

Y esta se lleva a cabo esencialmente con criterios de valor de uso, de autoconsumo y de autosuficiencia. Como ya han señalado Molina Enríquez, Tannenbaum, Mc Bride, etcétera, la hacienda del centro no produce con una lógica que mira hacia el mercado,³⁶ a fin de optimizar ganancias y obtener los más altos beneficios, sino que produce para el autoconsumo, y vende al mercado solamente sus excedentes, aquella parte de la producción que rebasa la satisfacción de sus propias necesidades.³⁷ Mantenido entonces

³⁵Cfr. esta caracterización en *Los grandes problemas nacionales*, *op. cit.*, particularmente capítulo I y pp. 353-356.

³⁶ Cfr. *Los grandes problemas nacionales*, *La Revolución agraria mexicana* y *Los sistemas de propiedad rural en México* ya mencionados. Durante varias décadas, estos dos últimos trabajos fueron el punto de partida obligado para la caracterización de la estructura agraria porfirista. Recientemente se ha venido a cuestionar su exactitud en el manejo de los datos y sus inferencias cualitativas de interpretación. Estando nosotros de acuerdo en el primer grupo de críticas (respecto a la agrupación, construcción y uso de las cifras), creemos sin embargo muy discutible la invalidación de su caracterización cualitativa de la hacienda en tanto unidad precapitalista, sobre todo si limitamos esta caracterización a la hacienda cerealera típica del centro del país.

³⁷ Decir que la hacienda del centro es precapitalista no quiere decir que es una economía completamente cerrada y absolutamente autárquica. Pensar esto es olvidar que en cualquier economía precapitalista, centrada en torno del valor de uso y la necesidad concreta, ha existido también y casi siempre, producción de mercancías, circulación y comercio de los excedentes e intercambio de ciertos artículos especiales o lujosos, etcétera. Porque es obvio que las ciudades vivían de lo que les suministraba esta hacienda cerealera, como también el norte, en una cierta escala, vivía de la compra de los cereales producidos en el centro y en estas haciendas precapitalistas. Lo que realmente está en discusión aquí es cuál era la lógica dominante del funcionamiento global de esta hacienda cerealera central. Y nuestra opinión es que las relaciones y objetivos dominantes no eran los de la valorización del valor —ni aun bajo la figura de la subsunción formal—, sino los de la autorreproducción material y existencial bajo el valor de uso, precapitalistas. En los últimos tiempos se ha actualizado la discusión sobre la caracterización económica de las haciendas. Sin embargo, no se ha llegado aún a precisar del todo esta discusión desde la perspectiva macrorregional aquí propuesta y a partir de criterios más particulares como tipo de producción, cercanía o lejanía respecto de los circuitos mercantiles, etcétera. Es muy distinta la hacienda ganadera noroeste a la hacienda cerealera central; la hacienda cerealera del norte o la plantación cafetalera del sur; la hacienda pulquera o azucarera del centro a la hacienda henequenera de Yucatán. Precisando la ubicación geográfica —y por tanto la subsunción a una cierta macrodinámica regional dominante—, el tipo de producto, la relación con las ciudades y mercados lejanos y cercanos, la influencia del ferrocarril, etcétera, es posible construir una tipología general de los distintos tipos de hacienda del país, enmarcando las líneas de su evolución dentro de las dinámicas macrorregionales mencionadas. Sobre esta nueva

como simple medio de poder económico y de prestigio social y como fuente estable aunque limitada de la reproducción cómoda y cualitativa del hacendado, la hacienda cerealera del centro da la pauta del carácter dominante de la agricultura de la zona central del país.

Todo esto determina en gran medida el carácter de los distintos submercados de esta región. Porque al funcionar básicamente con criterios precapitalistas, la hacienda del centro tiende naturalmente a bloquear la modernización económica, trabando la liberación efectiva de la fuerza de trabajo y limitando la posible reproducción de los circuitos mercantiles.

Porque al sujetar a su propia fuerza de trabajo a través de una compleja red de vínculos personales semiserviles (jugando con la protección y el reconocimiento del señor y con su donación de tierras, medios de subsistencia, manutención y respaldo, a cambio de las distintas formas de renta en trabajo, en especie o dinerarias), la hacienda de la macrorregión del centro detiene el proceso de constitución del mercado de fuerza de trabajo libre, al que, al mismo tiempo alimenta al acrecentar el proceso de expropiación de las comunidades indígenas. Con lo cual, y otra vez de manera paradójica, hace crecer una sobreoferta de fuerza laboral, a la que sin embargo no puede absorber productivamente, obligándola entonces a migrar hacia el norte o hacia el sur o a tratar de refugirse de nuevo en la comunidad o en la propia hacienda precapitalista.

De este modo, la dinámica económica del centro separa al trabajador de sus medios de producción para volver a vincularlo con un nudo de relaciones económicas precapitalistas, o para dejarlo desempleado, creando así un mercado laboral potencialmente importante hacia el futuro, pero prácticamente excedentario e inutilizable en lo inmediato.³⁸

discusión en torno a la hacienda, véase por ejemplo el artículo de Bellingeri y Gil, "Elementos para el estudio de la estructura agraria de México en el siglo XIX", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 91, 1978, o también el artículo de François Chevalier, "The North Mexican Hacienda: eighteenth and nineteenth Centuries", en *The New World Looks at his History*, ed. University of Texas Press, Austin, Texas, 1958. Véase también el importante e innovador anexo núm. V del libro *Le Mexique: de l'Ancien Regime a la Revolution*, op. cit., así como el capítulo V de este mismo libro; también *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, el artículo de Jean Meyer, "Haciendas y ranchos, peones y campesinos" en *Historia Mexicana* núm. 139, ene.-mar., 1986, "El campesinado en la Revolución Mexicana de 1910" y "The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? or just a 'Great Rebellion?'", por citar sólo aquellos trabajos que abordan el problema desde el ángulo de su caracterización general y de sus implicaciones teóricas. Las monografías sobre haciendas, muy desiguales en cuanto a cubrir todos los tipos posibles de estas últimas, son también un apoyo importante para esta nueva discusión del problema. Otra vía de entrada al problema, a partir de sus fuentes, puede ubicarse viendo el trabajo de Juan Felipe Leal y Mario Huacuja, *Fuentes para el estudio de la hacienda en México: 1856-1940*, en la serie Bibliografías, núm. 1, ed. FCPS/UNAM, 1976, trabajo interesante, aunque hoy ya un poco rebasado.

³⁸ Lo que es una de las tesis centrales de *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*.

Aunque esta macrorregión central incluye a la incipiente industria manufacturera nacional —concentrada en el corredor histórico que forma el vínculo secular entre la ciudad de México y Veracruz; corredor industrial que era totalmente incapaz de absorber la sobreoferta laboral mencionada— y aunque posee enclaves importantes de haciendas cuya producción y lógica sí es completamente mercantil y capitalista,³⁹ se define por la persistencia de la agricultura tradicional y de las relaciones precapitalistas cuyas consecuencias anotamos.

El gobierno porfirista era, por tanto, una rara simbiosis de tradicionalismo y modernidad. Tradicional en cuanto a que quería mantener la paz interna y el orden político necesarios para la tranquila existencia de la hacienda central; porque busca y crea la real centralización política ⁴⁰ y la subordinación de las regiones al centro en aras de la estabilidad del mundo rural, centrado en torno a esta unidad hacendaria precapitalista. Pero limitadamente moderno porque quiere agilizar el comercio, a veces incluso floreciente, de los excedentes de esa gran propiedad cerealera; la venta de los artículos de lujo importados en beneficio de los hacendados; los intercambios diversos entre el campo y las ciudades, y el manejo limitado de las rentas y fondos monetarios de los propios terratenientes, a través del pequeño sistema de bancos locales, regionales y tan múltiples como reducidos en sus funciones y capacidad.

Ello demuestra que el predominio de la hacienda central no es sinónimo de autarquía económica y de ausencia total de intercambios mercantiles. En la medida en que los hacendados centrales no están orientados a la valorización del valor sino al consumo cualitativo de sus rentas, resulta lógico que demanden para vivir una rica variedad de productos. Pero esos productos, varios y múltiples, sólo pueden ser suministrados por los comerciantes, que al hacerse cargo de la esfera mercantil, intercambian los excedentes de la hacienda central por los bienes suntuarios para el hacendado que es su titular. Es por eso que, y de modo más o menos natural, el aparato estatal porfirista, controlado por esos hacendados-terratenientes del centro, dio también cabida a la burguesía comercial y financiera, que aliada espontáneamente a estos terratenientes rurales, se encargó de abastecer de cereales y productos agrícolas a las distintas ciudades del país y a las otras macrorregiones del territorio nacional. Con lo cual, si bien desarrolló un cierto mercado importante de mercancías en la zona del cen-

³⁹ Es el caso de las haciendas pulqueras o azucareras del centro. Aquí, el tipo mismo de producto condiciona necesariamente el hecho de que se le produzca para el mercado, para la venta al exterior. Puesto que no se puede vivir solamente de pulque o de azúcar, estas unidades han surgido desde el principio con la lógica mercantil o capitalista. Y es curioso que algunos estudios de caso que intentan probar el carácter ya capitalista de la hacienda porfirista, sean precisamente estudios de este tipo de haciendas, por ejemplo el trabajo de Juan Felipe Leal y Mario Huacuja, *Economía y sistema de haciendas en México*, ed. Era, México, 1982.

⁴⁰ Lo que es agudamente percibido en *Los grandes problemas nacionales*, *op. cit.*, cap. 5.

tro, confinó a los espacios urbanos y semiurbanos y lo limitó además de antemano a la sola comercialización de los excedentes de la hacienda pre-capitalista.

Este mercado importante pero estructuralmente limitado, que apoya a la vez la precaria infraestructura del mercado monetario en desarrollo, logra avances relativamente complejos en la medida en que incluye al punto de tráfico dinerario y crediticio más importante del país, a la capital de la República mexicana.⁴¹

De esta suerte, el Porfiriato propicia un complejo diálogo, desigual y conflictivo, entre el nuevo país del norte y el viejo tradicional país del centro que, aunado a la dinámica específica de las divisiones de clases que cruzan, también desigualmente, a ambas macrorregiones del país —más modernas y desarrolladas en el norte, más viejas y asentadas (aunque no menos violentas) en el centro— será uno de los ejes que explicarán de manera fundamental la ruptura revolucionaria, así como los distintos reagrupamientos, divisiones, alianzas y enfrentamientos de las diversas facciones a lo largo de todo el proceso posterior.⁴²

Por su parte, el sur conoce también durante el Porfiriato un desarrollo peculiar. Con una base campesina indígena muy tradicional y fuertemente enraizada, el sur es literalmente revolucionado por una súbita incorporación al mercado mundial. Sobre una base poco evolucionada, y a partir de factores y cambios del mercado internacional de materias primas,⁴³ el sur despliega también durante el Porfiriato importantes cultivos de exportación. La producción de café, de tabaco, de caucho, de henequén, de maderas preciosas, se vincula de pronto a los flujos del mercado mundial, lo que produce altos beneficios y desarrolla una lógica capitalista entre los productores. Es entonces que aparecen las grandes unidades productoras de estos cultivos de exportación para el mercado internacional, consideradas por algunos autores como figuras específicas de una economía de plantación. Pero en las condiciones de predominio indígena y de aislamiento geográfico del sur,⁴⁴ esta producción para el mercado mundial y estas unidades de plantación sólo pueden desarrollarse como meras superestructuras, que lejos de agilizar el conjunto de la economía y de la sociedad como en el norte, recurren en cambio a la simple refuncionalización

⁴¹ Cfr. "Estructura industrial, comercial y financiera", *op. cit.*

⁴² Problema de la caracterización de las clases, grupos, bloques y fracciones de clase participantes en la Revolución que no hacemos más que apuntar de paso aquí, pero que constituye otra línea de investigación fundamental, vinculada de modos diversos a nuestra problemática y que habremos de abordar más adelante.

⁴³ Cfr. el libro de Diego López Rosado, *Historia de la agricultura y la ganadería*, cap. 4, ed. Herrero, México, 1977, y "Las exportaciones mexicanas de 1877 a 1911", *op. cit.*

⁴⁴ Cfr. La caracterización general de Katz en *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, *op. cit.*

de las formas tradicionales a la creación de formas artificiales *ad hoc* que se improvisan sobre la marcha.⁴⁵

Y así vemos a las comunidades yaquis exiliadas de su propia tierra, funcionando como cuadrillas en los procesos de trabajo de estas nuevas plantaciones, lo mismo que asistimos al desarrollo de una rara e híbrida semiesclavitud forzosa y absolutamente coaccionada, que recluta y retiene a la fuerza de trabajo que emplea, por medios que están muy lejos del mercado de trabajo típico capitalista.

Aquí, lejos de propiciar la libre movilidad de la capacidad laboral, y de atraerla con salarios más altos, se le ata mediante tramposos y amañados medios económicos y extraeconómicos. Y en vez de ofrecerle diversas opciones ocupacionales, como corresponde al mercado de trabajo moderno, se le confina por la fuerza y de por vida a un tipo de trabajo que poco dista de la esclavitud en su acepción más estricta.

El sur es entonces una extraña mezcla que lo emparenta tanto con el norte como con el centro, pero que no parece tener a largo plazo ningún futuro viable. Si bien se moderniza epidérmicamente, vinculándose al mercado mundial capitalista (como el norte), sólo lo hace a costa de reproducir y hasta ensanchar las formas más tradicionales y retrógradas de sujeción de la fuerza de trabajo, estancando así todo progreso económico real y toda evolución social ulterior. Lo que obviamente no ejerce acción alguna sobre el restringido y atrasado mercado, cuya presencia en esta macrorregión es prácticamente irrelevante.

Por eso la Revolución "llega tarde" al sur, y por eso también adquiere allí las peculiares características que apenas comienzan a estudiarse en la actualidad.⁴⁶

El Porfiriato es entonces el período histórico en el cual las tres grandes macrorregiones que constituyen el país, logran desplegar libremente sus respectivas dinámicas, iniciando así de una manera completamente desigual los distintos elementos constitutivos del mercado interno nacional. Al crear la unidad espacial orgánica del territorio nacional, el Porfiriato esboza también los primeros trazos de una interrelación precaria y apenas proyectada entre las tres grandes macrorregiones, inaugurando así, en términos

⁴⁵ Modificación en gran medida epidérmica del sur durante el Porfiriato que explica los peculiarísimos desarrollos de esta macrorregión en el período post-revolucionario. *Cfr.*, por citar sólo un ejemplo posible, el libro de Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución*, Siglo XXI Eds., México, 1979. Para el mismo Porfiriato y respecto de otra región de este mismo espacio sureño véase el artículo de Gonzalo Cámara Zavala, "Historia de la industria henequenera hasta 1919", en *Enciclopedia yucatanense*, vol. III, Mérida 1977, artículo donde esta singularidad sureña se hace evidente.

⁴⁶ A este respecto es significativa la relativamente reciente producción sobre las distintas zonas del sur, la que habrá que consultar con cuidado más adelante. *Cfr.*, además del ya citado, *El laboratorio de la Revolución*, también el libro de Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, ed. Era, México, 1985.

estrictos, el proceso real de creación del mercado interno en escala nacional para el capital industrial en México.⁴⁷

A título de ejemplo de la importancia de este proceso para la adecuada caracterización del Porfiriato, puede revisarse críticamente algunas de las generalizaciones clásicas sobre este período, como la idea de que la producción de alimentos cedió ante la agricultura comercial; o la afirmación de que el Porfiriato abrió el país y lo entregó al capital extranjero; o la discusión sobre si el gobierno de Díaz es un régimen modernizador o una oscura dictadura que detuvo el progreso social; o la recién retomada tesis de que la Revolución no cambió el rumbo económico iniciado en el período porfirista, ya que en éste el modo de producción capitalista se hallaba firmemente establecida y en proceso de desarrollo, y por lo tanto sólo se trató de una "gran rebelión"; o la idea de que la esclavitud o peonaje por deudas era el rasgo general dominante en el campo mexicano; o la polémica en torno a si la hacienda o gran propiedad era en general ineficiente y precapitalista, o por el contrario moderna y ya capitalista; o la revaloración de la Revolución como proceso únicamente político y no económico, o esencialmente social, etcétera.⁴⁸

Todas estas generalizaciones encierran sólo una parte de verdad, y todas son falsas si se les toma como caracterizaciones globales válidas para todo el país. Porque como hemos visto, estas tesis son alternativamente correctas para las distintas macrorregiones del país, pero no para todo el territorio nacional en su conjunto. Así, matizando a partir de las tres dinámicas macrorregionales, podemos entender cómo en algunas partes del norte y tal vez del sur, la agricultura tradicional cedió efectivamente ante la agricultura comercial, mientras que en el centro la primera no sólo se mantenía sino que incluso se afianzaba cada vez con más fuerza. Podemos asimismo entender cómo Porfirio Díaz, jugando con las pugnas entre las

⁴⁷ La conciencia sobre la necesidad e importancia de crear dicho mercado había ya aparecido desde la propia fase inmediata posterior a la Independencia. Pero las condiciones materiales generales de su existencia aún no estaban presentes, lo que hizo que los escasos y limitados intentos por impulsarlo se estrellaran prontamente contra la realidad (Cfr. los artículos de Margarita Urías Hermosillo, "Notas sobre la historiografía y los estudios económicos del periodo 1821-1867", en *Los estudios económicos sobre el siglo XIX*, cuaderno de trabajo núm. 26, ed. INAH, México, 1979, y "Militares y comerciantes en México 1828-1846: las mercancías de la nacionalidad", en *Historias*, núm. 6, abr.-jul., 1984.

⁴⁸ Mencionamos sólo de paso, interesantes trabajos que han venido a replantear, con mayor o menor fortuna, esta amplia gama de problemas relativos al contenido y caracterización económico-sociales del Porfiriato. Más o menos en el orden enlistado en el texto, los trabajos a consultar son, el agudo artículo de John Coatsworth, "Anotaciones sobre la producción de alimentos durante el Porfiriato", en *Historia Mexicana*, vol. XXVI, núm. 107, oct. 1976; el esclarecedor libro de Katz, *La guerra secreta en México*, *op. cit.*, el importante libro de F. X. Guerra, *Le Mexique: de l'Ancien Regime a la Revolution*, *op. cit.*, el libro *México: la Gran Rebelión, 1905-1924*, ed. Era, México, 1984; el pionero artículo de Moisés González Navarro, "El trabajo forzoso en México, 1821-1917", en *Historia Mexicana*, vol. XXVII, núm. 108, abr.-jun., 1978, y el artículo "The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? or just a 'Great Rebellion'?", *op. cit.*

distintas potencias capitalistas hegemónicas, creyó y en parte logró crear condiciones para el desarrollo nacional; cómo siguió políticas conservadoras o modernizantes en los distintos ámbitos o niveles económicos y respecto de distintos grupos y clases sociales. Cómo la Revolución reforzó ciertos desarrollos previos, como el impulso capitalista y mercantil del norte, mientras transformaba otros, como el funcionamiento de la hacienda central, abriendo nuevos cauces y caminos singulares al conciliar y readecuar antiguas vías de progreso como en el sur y sureste del país.

Considerando todos estos elementos, se puede saber con exactitud dónde fue el peonaje por deudas el rasgo característico del mundo agrario; dónde la gran propiedad era ineficiente y atrasada, y dónde en cambio era rentable y hasta floreciente; dónde la hacienda tenía ya carácter capitalista y qué grado de profundidad alcanzaba esta subsunción a la relación capital; dónde había capitalismo y qué tipo de capitalismo era éste,⁴⁹ y dónde la Revolución cambió o dejó intactas distintas relaciones e instituciones políticas, sociales, económicas o culturales.

La triple dinámica regional explica así, en buena medida, el contenido, las posibilidades y las limitaciones del desarrollo incubado bajo el régimen porfirista.⁵⁰

Consideramos entonces que el proceso económico fundamental que vive México en esos días es el proceso de formación inicial de las premisas y elementos que constituyen el mercado interno nacional para el capital industrial.

Pero entonces, ¿qué explica la ruptura de 1910? ¿Cuáles son su contenido y alcances? ¿Por qué hemos elegido estudiar la formación de este mercado interno en el período de 1910-1920? El primer punto clave de la respuesta a estas preguntas nos lo dan las sucesivas y distintas crisis que vivió el país a partir del año de 1907. Veamos.

⁴⁹ La tesis de ciertos autores que afirma que, puesto que ya había capitalismo o modo de producción capitalista en México en 1910, la Revolución no fue tal —o quedó interrumpida, etcétera— olvida especificar qué clase de capitalismo existía y en qué actividades. Fuera de un muy incipiente y débil capitalismo industrial, el modo de producción capitalista se había desarrollado básicamente en el campo, siendo un capitalismo agrario de sólo ciertas regiones del país —punto aparte el capital extranjero—, que además no había llegado aún a sus formas maduras y más evolucionadas, sino que se hallaba en formas de subsunción formal o en procesos cooperativos simples, aunque fuesen ya capitalistas. La Revolución creó precisamente las condiciones para el verdadero desarrollo amplio y general del capital industrial y, por tanto, del modo de producción capitalista clásico y maduro, con sus procesos fabriles de gran industria, con la subordinación del campo a la ciudad, con la conversión de la agricultura en una rama de la industria, etcétera.

⁵⁰ Un indicador indirecto del progreso social general porfirista, a la vez, que de sus diferencias macrorregionales, se obtiene comparando los datos del cuadro número 3, relativos a los avances de la escuela primaria durante el Porfiriato, con el mapa número 2, que muestra la distinta alfabetización de los estados de la República hacia 1910. De esta comparación se podría inferir el hecho de que el crecimiento importante del número de alumnos, registrado como dato general para el conjunto de la República, puede haber tenido su mayor incremento proporcional en los estados de la ma-

III. *La fase crítica de 1910-1920*

Pero lo que hablaba el lenguaje más inteligible eran las propias experiencias que la clase campesina tenía... y los desengaños que, en el rápido desarrollo revolucionario, iban descargando golpe tras golpe, sobre su cabeza. *Las revoluciones son las locomotoras de la historia.*

Karl MARX, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850.*

El período histórico que cubre la segunda década de este siglo constituye en realidad el largo, violento e intenso momento crítico del más amplio ciclo histórico que México vive desde el Porfiriato hasta el cardenismo.⁵¹ Este ciclo histórico, cuya temporalidad enmarca el objeto de estudio de nuestro proyecto, hace referencia clara a un proceso intrasecular cuyo contenido básico es precisamente el paso del México tradicional, agrario y precapitalista al México moderno urbano y capitalista. El llamado "período armado" de la Revolución no es en ese sentido más que el tramo intermedio que establece y define el programa de las tareas, objetivos y proyectos a realizar, para llevar a término lo iniciado en el período inmediatamente precedente.⁵²

corregión del norte, lo que explicaría su mayor índice de alfabetización relativa. Hay aquí una muy interesante línea de investigación a proseguir en el futuro (al respecto *cf. Le Mexique: de l'Ancien Regime a la Revolution, op. cit.,* tomo I, cap. VII).

⁵¹ En este sentido es interesante comprobar el hecho de que todos los análisis e interpretaciones que intentan esbozar un cuadro general de lo que fue y significó la ruptura revolucionaria de 1910 en adelante —sea en términos sociales, económicos, políticos, etcétera—, se ven siempre obligados a prolongar el marco temporal de sus estudios, abarcando desde el Porfiriato y su caracterización específica hasta los resultados *inmediatos* de la Revolución que se hacen presentes hasta el punto de inflexión cardenista.

⁵² En este sentido concebimos a la "Revolución de 1910-1917" como el solo punto máximo de un proceso económico, social y político que va desde 1880 hasta 1940 aproximadamente. Pensamos que la Revolución mexicana tiene como su temporalidad esencial —igual que la Revolución francesa, la china, la rusa, etcétera—, la que remite precisamente a las transformaciones económico-sociales, siendo entonces un proceso de lo que Braudel llamaría el "tiempo medio, intrasecular o de la coyuntura" (*Cfr.* el artículo "La larga duración", en *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1968). Lo que, sin embargo, no excluye el hecho de que coincidiendo con este ciclo histórico intrasecular y dentro de su espacio cronológico, se hayan realizado también en México mutaciones de larga duración, cambios de las tendencias seculares que han actuado sobre el proceso mismo de la Revolución, reforzando y profundizando sus efectos, a la vez que matizan y replantean su misma significación. Pero a la inversa, el hecho de que estos giros y cambios de las arquitecturas últimas y más permanentes de la sociedad mexicana, se haya efectuado precisamente dentro de este ciclo histórico intrasecular, no es una casualidad, sino que obedece en buena medida a la situación y espacio creados por las transformaciones de la "coyuntura" —en sentido braudeliano—.

Por eso, la década de 1910-1920 es en cierto sentido la etapa que hace avanzar a ritmo de locomotora lo que el Porfiriato había llevado a cabo a ritmo de carreta, desarticulando ciertas relaciones sociales y reforzando otras; modificando el rumbo de ciertas formas y procesos económicos; enterrando y gestando al mismo tiempo diversas figuras e instituciones.

Esta etapa más intensa del ciclo histórico mencionado, parte en dos el ya referido proceso de formación del mercado interno nacional para el capital industrial.

En lo económico, la doble obra aludida que se desarrolla en el decenio de 1910-1920 no comienza en 1910 sino en 1907, con la crisis específica de la economía norteamericana (véase la gráfica núm. 2) y con la recesión general de la economía internacional que la acompaña. A partir de entonces, comienza una obvia demostración de los importantes avances que el mercado interno nacional había ido consolidando a lo largo de las tres décadas del Porfiriato, pero al mismo tiempo de los claros límites que este proceso encuentra ya en la mecánica a través de la cual se han conquistado esos avances.

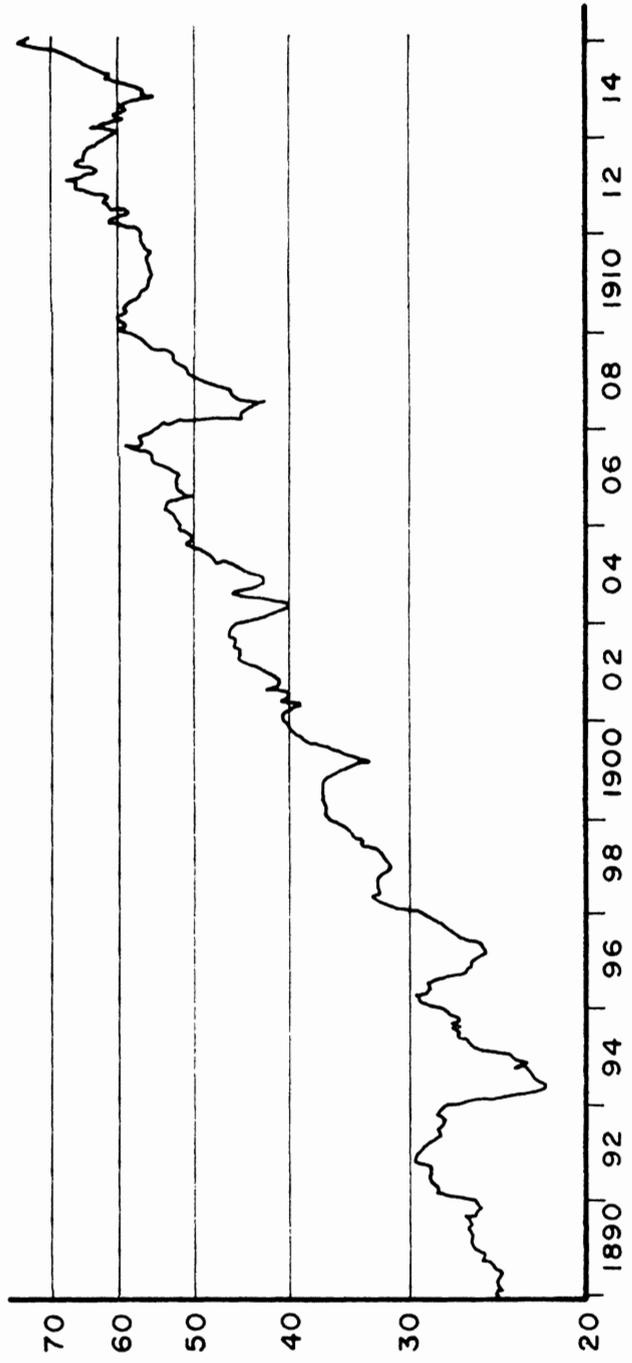
El primer límite evidente consiste precisamente en la excesiva dependencia de la economía mexicana respecto del exterior. En lugar de que una crisis o retracción de los vínculos y flujos del mercado mundial capitalista se tradujera en un cierto repliegue hacia el interior y por tanto en un fortalecimiento de la economía interna —lo que por ejemplo sí ocurrió en México durante la segunda guerra mundial—, sucedió exactamente lo contrario: la recesión de los mercados europeo y norteamericano trajo consigo, más tarde o más temprano, una reducción importante de las exportaciones mexicanas (como fue el caso del arroz, el cacao, el café o el tabaco labrado; menos drástica o prolongada en el henequén, tabaco, etcétera) lo que desde 1907 se convirtió en una perturbación importante de la economía mexicana en general.⁵³

Perturbación que si bien era general (pues redujo nuestro comercio exterior global y por ende los ingresos estatales obtenidos por este concepto) incidió más específicamente en las actividades que miraban precisamente hacia el mercado mundial. La agricultura de exportación y la

no—, a la honda fisura que ha sido abierta por este mismo ciclo mencionado. He aquí nuevamente una riquísima veta de investigación posterior.

⁵³ Para la reconstrucción del contenido de esta crisis, inicialmente económica, y más adelante política y social, puede verse el artículo de Guerra, "La Revolution Mexicaine: D'abord une Revolution miniere?", *op. cit.*, cap. XI del tomo II de *Le Mexique: de l'Ancien Regime a la Revolution*; el trabajo de Moisés González Navarro, *Cinco crisis mexicanas*, en la colección *Jornadas* núm. 99, ed. de El Colegio de México, México, 1983; el artículo "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", el artículo "Estructura industrial, comercial y financiera" y el libro de Jean Meyer, *La Revolución Mexicana*, ed. Dopesa, Barcelona, 1974. Para la evaluación del impacto cuantitativo que sobre las importaciones y exportaciones tuvo esta crisis, pueden verse: *Estadísticas económicas del Porfiriato. El comercio exterior 1877-1911*, *op. cit.*

GRÁFICA 2 | **LA ACTIVIDAD ECONÓMICA EN ESTADOS UNIDOS**



FUENTE: FRAÇOIS XAVIER GUERRA, *LE MEXIQUE: DE L'ANCIEN RÉGIME A LA RÉVOLUTION*, TOMO II, p. 219.

minería eran los sectores económicos más directamente afectados por el receso internacional.

La crisis de la economía norteamericana golpeó de modo particular a la minería, y fue entonces simultáneamente una crisis específica de la producción minera norteamericana. Pero la crisis de la minería en Estados Unidos es a la vez la baja de los precios de los principales metales —sobre todo plata y cobre, los más importantes productos de la minería mexicana por volumen de producción y por precio relativo en el mercado— y en consecuencia crisis de la minería mexicana. Es, asimismo, desempleo importante de los mineros mexicanos que trabajaban en Estados Unidos y que frente a esta retracción de la minería estadounidense no tenían otra opción que regresar a México, a competir deslealmente con sus propios compatriotas mineros empleados en nuestro país, con sus hermanos “de este lado” del Río Bravo. Hay aquí, de un modo muy palpable, un efecto directo de la crisis minera norteamericana sobre el mercado de fuerza de trabajo del norte mexicano.

La crisis minera en Estados Unidos es por tanto crisis de la minería en México. Pero como ya habíamos explicado, la minería era precisamente la columna básica que había vertebrado todo el desarrollo de la economía norteña de México, a lo largo del Porfiriato. El importante e impetuoso desarrollo de la macrorregión del norte se había estructurado precisamente en torno al auge minero porfirista ya analizado.

Por eso, la crisis de la minería mexicana desatada en 1907, camina exactamente por las mismas vías por las que transitó el desarrollo minero de las tres décadas anteriores, pero en el sentido diametralmente inverso. Con la crisis de la minería —motor central de la economía del país del norte— sobrevino también una crisis drástica de la ganadería, de la agricultura y del comercio que se vinculaban y abastecían de esta misma actividad minera. Porque al verse afectada la producción minera norteña no sólo creció el desempleo de los trabajadores mineros por ella utilizados⁵⁴ —agravando así la situación del mercado de trabajo de esta macrorregión—, sino que se contrae también la demanda de animales de tiro, de productos alimenticios y de transacciones comerciales que esta rama específica genera. Con lo cual, la perturbación de la economía mexicana se expresa sobre todo y en primer lugar como perturbación de la economía del norte.

Porque además, y abonando esta incidencia regional magnificada del reflujó económico, está la retracción de la agricultura comercial de los

⁵⁴ Respecto de lo cual son muy ilustrativos los datos resumidos por F. X. Guerra:

LA EVOLUCIÓN DE LA MANO DE OBRA EN LAS MINAS Y LA INDUSTRIA MINERA.

	1895	1900	1907	1910
En miles	88.5	107.3	126.9	104.0
En índice	100	121	143	117

Cfr. *Le Mexique: de L'Ancien Regime a la Revolution*, tomo I, p. 322.

CUADRO 2

LAS INVERSIONES EXTRANJERAS EN 1911 (EN MILLONES DE PESOS)

	Estados Unidos	Gran Bretaña	Francia	Alemania	Otros	Total
	Vol.	Vol.	Vol.	Vol.	Vol.	Vol.
	%	%	%	%	%	%
Ferrocarriles	534.7	401.4	116.2	18.7	59.5	1 130.5
Minas e industria minera	499.0	116.9	179.6		21.8	817.2
Deuda pública	59.3	82.8	328.1	2.0	25.8	498.0
Servicios públicos ¹	13.5 ³	211.6	10.0	4.2	2.6	237.7
Tierra ² e inmuebles	81.4	91.0	16.0	6.0		194.4
Bancos	34.3	17.6	100.0	12.0	2.0	165.9
Industria	21.2	10.9	71.9	27.0		130.6
Comercio	9.0	0.3	80.0	65.6	32.9	122.1
Petróleo	40.0	57.2	6.8	6.7		104.0
Total	1 292.4	989.5	908.7	65.7	144.6	3 400.8

¹ Telégrafo, teléfono, agua, electricidad.

² Agricultura, ganadería, silvicultura.

³ Datos de 1902.

FUENTE: François-Navier Guerra, *Le Mexique: de l'Ancien Régime a la Revolution*, tomo I, p. 30.

CUADRO 3

LA ENSEÑANZA PRIMARIA 1878-1907 (CIFRAS EN MILLARES)

	1878		1900		1907		1909-1910	
	Nb.	Ind.	Nb.	Ind.	Nb.	Ind.	Nb.	Ind.
Población	9 811	100	13 607	138	14 749	150	15 170	154
Escuelas	9.2	100	12.01	130	12.35	134	12.51	135
Públicas	8.0	100	9.36	117	9.8	122	9.91	123
Privadas	1.2	100	2.65	220	2.55	212	2.60	216
Alumnos	227.5	100	722.8	317	821.9	361	901.0	396
Públicas	204.2	100	584.8	286	658.8	322	733.2	359
Privadas	23.3	100	138.0	592	163.1	700	167.7	719

FUENTE: François Xavier-Guerra, *Le Mexique: de l'Ancien Regime a la Revolution*, tomo I, p. 373.

productos de exportación, que en una medida importante se halla también ubicada en el norte del país.

De este modo, las primeras fracturas del régimen económico porfirista comienzan desde el año de 1907, presentándose significativamente, con una especial intensidad, en la macrorregión norteña del país. Y si en el haber del Porfiriato hay que colocar indudablemente el inicio del desarrollo e incorporación orgánicos del “país del norte” a la nación mexicana, es también interesante resaltar que el desquiciamiento definitivo que en lo económico sufriría el régimen de Díaz, se inició precisamente con un desajuste y perturbación importantes del gran espacio de la economía del norte.

Este desquiciamiento inicial habría de crecer a partir de 1908 en función de los crecientes problemas de abastecimiento de cereales que sufriría el norte como resultado de una crisis de la producción cerealera en el centro del país. Crisis de “tipo antiguo”, determinada por sequías, heladas y condiciones climáticas adversas que afectarían desigualmente las cosechas cerealeras durante un largo período de seis años, propiciando la escasez y el encarecimiento de los artículos básicos de la alimentación de las grandes masas de la población mexicana (véase la gráfica núm. 3).⁵⁵

Al hacer subir el precio de la base alimenticia central, esta crisis comienza a generalizar en todo el país el desajuste inicial de la macrorregión del norte, al afectar de manera global el salario real en todos los sectores de la actividad económica (véase la gráfica núm. 4). Pero al mismo tiempo provoca respuestas distintas y adaptaciones diversas en las distintas zonas del país.

Porque como hemos visto ya, el centro de México era por excelencia la “zona productora de los cereales”, producción que también como ya hemos descrito, no se realiza dentro de patrones capitalistas, sino aún con una lógica de predominio del valor de uso; lógica que habría de ser determinante en la respuesta a esta crisis en la producción de cereales.

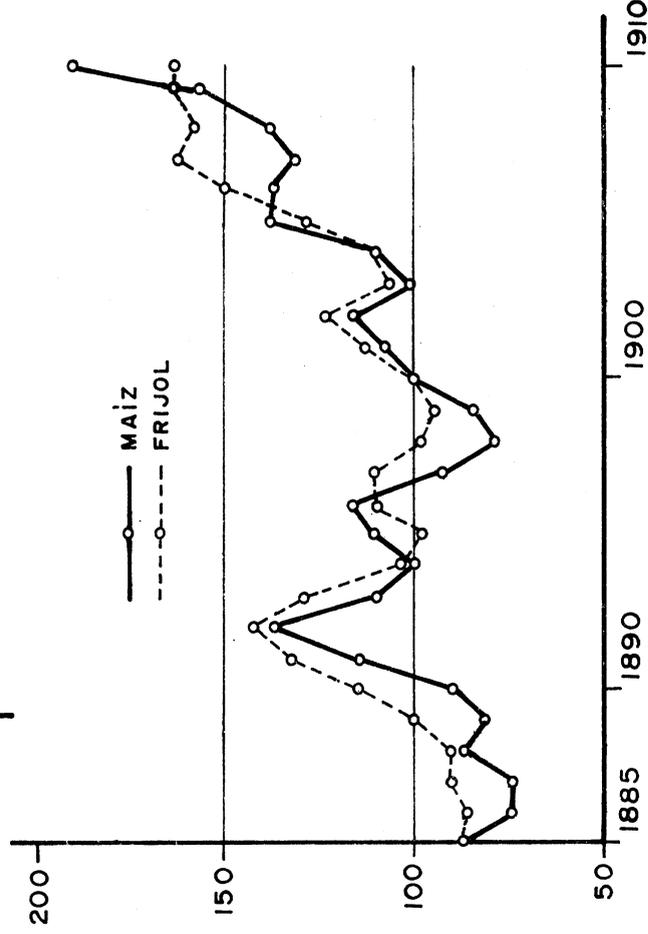
¿Qué hace la hacienda cerealera del centro frente a esta crisis de subsistencias? Replegarse sobre sí misma, asegurando el consumo de sus propios miembros y reduciendo la venta de sus menguados excedentes. Frente

⁵⁵ Una idea inmediata del efecto de esta crisis de subsistencias se obtiene viendo los incrementos en el valor de las importaciones de granos durante los años 1907-1912:

<i>Año</i>	<i>Valor de las compras (pesos)</i>
1907-8	2 198 000
1908-9	4 756 000
1909-10	15 497 000
1910-11	12 387 000
1911-12	6 300 000

GRÁFICA 3

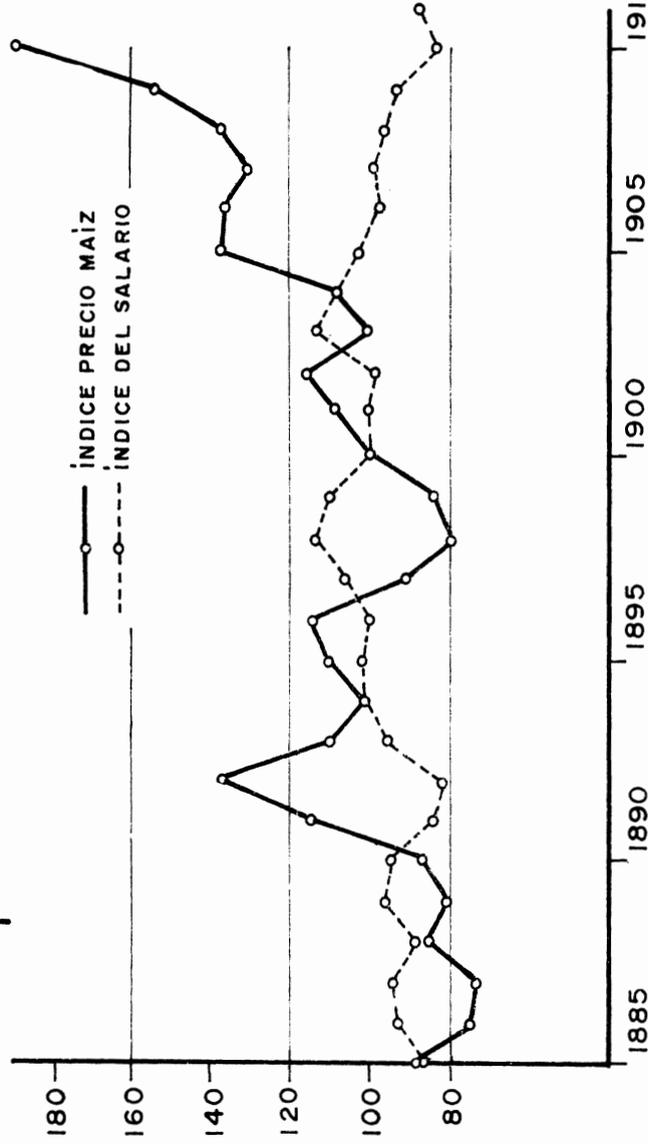
**EL PRECIO DEL MAÍZ Y DE LOS FRIJOLES
(ÍNDICE 100 = 1900).**



FUENTE: FRANÇOIS XAVIER GUERRA, *LE MEXIQUE: DE L'ANCIEN RÉGIME A LA RÉVOLUTION*, TOMO II, p. 225.

GRÁFICA 4

EL PRECIO DEL MAÍZ Y EL SALARIO MÍNIMO
(1885 - 1911)



FUENTE: FRANÇOIS XAVIER GUERRA, LE MEXIQUE: DE L'ANCIEN RÉGIME A LA RÉVOLUTION,
TOMO I, p. 338.

a la escasez y encarecimiento de los cereales, lejos de recortar al mínimo su consumo y vender a buenos precios todo lo restante —lo que sería la salida obvia si la hacienda central funcionara ya con la lógica capitalista—, la unidad hacendaria del centro refuerza su lógica de autoconsumo y su objetivo de asegurar ante todo su propia reducción material. Y entonces, en vez de vender, la hacienda cerealera comienza a almacenar grano, protegiéndose preventivamente contra las posibles dificultades futuras. Hacia el exterior y respecto del conjunto de la economía, esto se traduce obviamente en una agudización de la escasez y en un todavía mayor encarecimiento del cereal,⁵⁶ que son de nuevo ampliamente resentidos por la economía del norte de México (véase al respecto el ilustrativo mapa núm. 3).

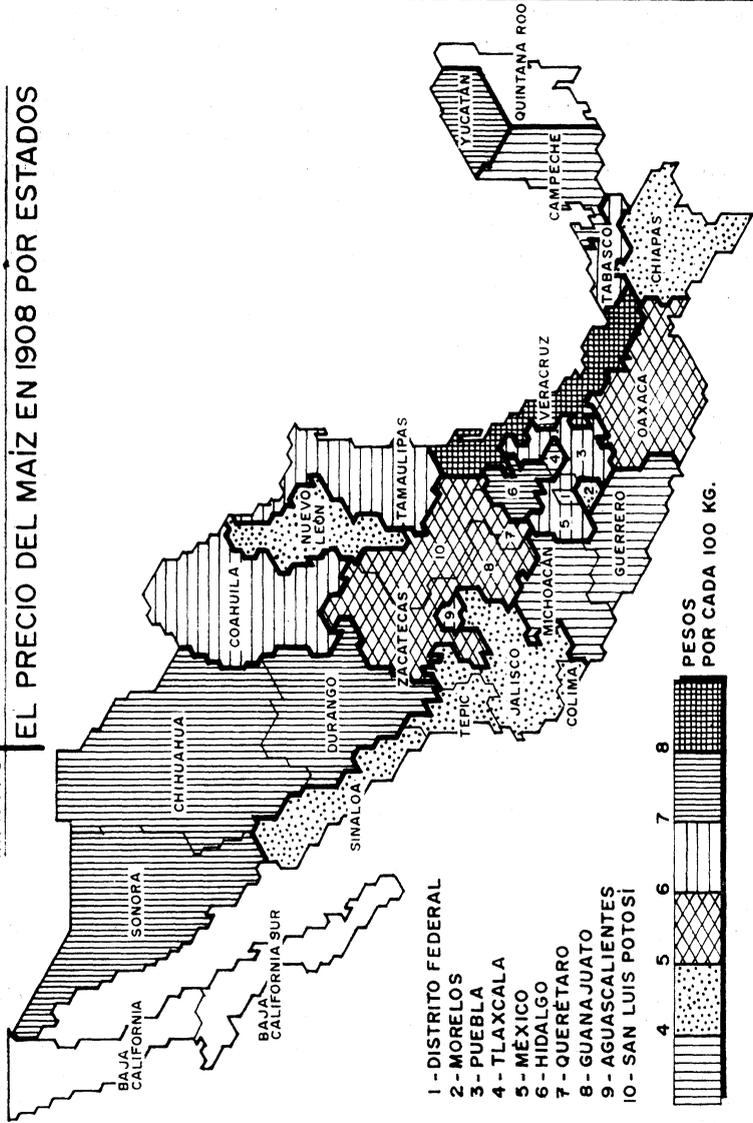
Puesto que el norte no es capaz de producir sino en ínfima escala los cereales que necesita para vivir, es claro que su abastecimiento en este rubro depende básicamente de los flujos que le aporta el centro cerealero. Y si éste, frente a la reducción de la producción, en lugar de vender más se repliega sobre sí mismo, es lógico entonces que se cree una verdadera crisis de abastecimiento de cereales para esta región norteña. Y si en una primera fase, la Revolución parece de un modo muy claro una lucha entre el norte y el centro del país, esto no es ajeno en absoluto a la evidente contradicción que a partir de 1908 en adelante se presenta entre las dinámicas diferenciales de las dos mencionadas macrorregiones de México.

Porque si desde 1907, la economía del norte había empezado a sufrir serias averías, en 1908 recibió el remate complementario para entrar de lleno en una fase descendente que la desarticula progresivamente. Con un mercado de trabajo cuyo signo dominante, de 1907 en adelante, es el de la sobreoferta de fuerza laboral, y un mercado de mercancías deteriorado por el reflujo minero, agrícola, ganadero y comercial, la crisis de abastecimiento de cereal —que al encarecer el grano deprime significativamente el salario de los trabajadores norteños— constituye el corolario para que la burguesía agraria norteña se decida definitivamente a impugnar el monopolio político de los hacendados del centro, unidos al capital comercial y financiero, criticando abiertamente la ineficiencia y baja productividad económicas de la gran propiedad agrícola del centro del país.⁵⁷

⁵⁶ Llamamos nuevamente la atención, sólo de paso, respecto de la importancia e implicaciones que tiene la adecuada caracterización de la hacienda central cerealera, para la comprensión de la mecánica específica que sigue esta crisis de subsistencias típica del "antiguo régimen", que se desata en México a partir de 1908 y hasta 1913, según plantea F. X. Guerra.

⁵⁷ A esta luz, la publicación de *Los grandes problemas nacionales* en 1909, puede considerarse como un reflejo indirecto de un clima creado por las sucesivas crisis de 1907 y 1908, clima que hace aflorar el descontento de la burguesía agraria norteña y provoca la abierta ruptura en el seno de las clases dominantes en 1910. Otro reflejo literario importante de esta ruptura y además, como es sabido, de un gran éxito editorial, fue el conocido libro de Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*.

MAPA 3 | **EL PRECIO DEL MAÍZ EN 1908 POR ESTADOS**



FUENTE: FRANÇOIS XAVIER GUERRA, *LE MEXIQUE: DE L'ANCIEN RÉGIME À LA RÉVOLUTION*, TOMO II, P. 227

Así, cuando entra en crisis el cordón umbilical que une a los mercados regionales de la macrorregión del norte con el centro del país, y que está constituido por el intercambio permanente de cereales del centro, por algodón, ganado y dinero del norte, en ese momento se anuncia ya la ruptura inminente de la burguesía agrícola nortea con el régimen porfirista (véase el mapa núm. 4).

Esta ruptura encuentra un caldo de cultivo propicio en la crisis y desarticulación casi completas de los sistemas bancarios regionales, que frente a este desquiciamiento de la esfera productiva se desmoronan y paralizan con la misma rapidez con que habían sido construidos. La crisis de 1908, que se convierte rápidamente en crisis de la economía en escala nacional —aunque golpee mucho más fuertemente a la región nortea— hace evidente la precariedad y fragilidad de un mercado de dinero poco complejo, sin cobertura nacional, sin fluidez de los capitales y de las masas dinerarias, y sin mecanismos eficientes de autorregulación y compensación generales.⁵⁸

Esta crisis del mercado dinerario, no sólo depura al sistema bancario porfirista, preparando su ulterior modernización, sino que también hace entrar en la conciencia de la burguesía nortea al cada vez más conflictivo desfase entre las distintas dinámicas macrorregionales de la nación⁵⁹ que, por último, y a partir de la entrevista Díaz-Creelman, se completa en este período con una serie sucesiva de crisis políticas locales, que al confluír en las elecciones de 1910 en una crisis política general⁶⁰ marca propiamente el punto de partida de una década crítica.

Visto entonces en perspectiva, el proceso de formación del mercado interno nacional se detiene bruscamente en el lapso de 1907-1910, desmantelándose en buena medida la mecánica seguida por dicho proceso a lo largo del prolongado régimen porfirista. Al entrar en crisis el mercado de trabajo nortea y retraerse los distintos mercados regionales de mercancías de esta misma economía, parecería llegarse al límite de una fase que comenzó a crear las distintas piezas del mercado nacional, a partir de la integración de ciertas ramas o sectores de la actividad económica al mercado mundial capitalista. Al mismo tiempo, y frente a la también evidente retracción del mercado cerealero en la región central, se hace patente

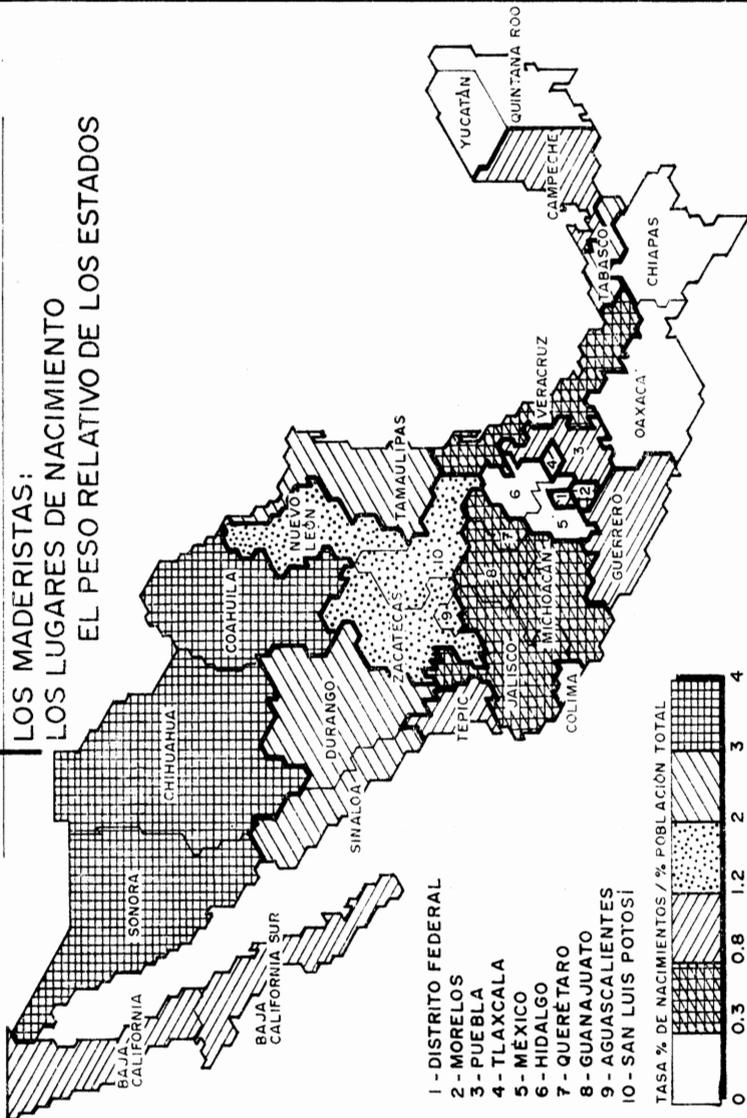
⁵⁸ Cfr. el artículo "Estructura industrial, comercial y financiera" y la *Historia de la agricultura y la ganadería*, pp. 121-124 y 184-189.

⁵⁹ Es interesante comprobar a este respecto, los efectos que sobre la macrorregión del sur tienen las crisis de 1907 y 1908. En esta zona, y debido al singular carácter epidérmico/moderno y esencial/tradicional que ya hemos explicado, la crisis actúa doblemente, induciendo una cierta retracción de la economía tradicional, a la vez que afecta en cierta medida los cultivos comerciales de exportación y alimenta el repliegue hacia dicha economía tradicional. Pero ninguno en una escala demasiado importante, lo que le permite al sur continuar sin demasiado cambio su dinámica previa, hasta que hacia 1913 es incorporado a la marea de la Revolución, pero claramente "desde el exterior", como proceso venido de fuera.

⁶⁰ Cfr. *Le Mexique: de l'Ancien Regime a la Revolution*, tomo II, IX y X.

MAPA 4

LOS MADERISTAS:
LOS LUGARES DE NACIMIENTO
EL PESO RELATIVO DE LOS ESTADOS



W.

FUENTE: FRANÇOIS XAVIER GUERRA, LE MEXIQUE DE L'ANCIEN RÉGIME A LA RÉVOLUTION, TOMO I, P. 298

la barrera que la estructura agrícola del centro pone a la integración fluida y realmente dinámica del mercado nacional, de un mercado unitario que comande e integre efectivamente las distintas dinámicas regionales en un solo movimiento general. Igualmente, y con una fuerza especial, se registra en ese momento el aislamiento y la rara simbiosis de los mercados regionales del sur del país, que lejos de moverse hacia la integración orgánica con los destinos nacionales, se repliegan sobre sí mismos ante cualquier amenaza del exterior. Y todo ello cubierto en la superficie por un mercado dinerario que existe bajo la figura de un sistema múltiple de bancos regionales, efectivos dentro de sus limitados marcos locales pero incapaces de acometer exitosamente el movimiento del capital dinero en escala nacional.

Estos son los límites básicos que la formación del mercado interior para el capital industrial alcanza hacia fines del Porfiriato y que se hacen evidentes a partir de la crisis de 1907. Dichos límites son un trasfondo importante de la ruptura que en el seno de la propia clase dominante inaugura la llamada Revolución mexicana. Iniciados como un simple enfrentamiento de la burguesía agraria nortea con el gobierno porfirista —que expresa como hemos dicho la coalición de los hacendados del centro y del capital financiero y comercial—, la campaña y el gobierno maderistas terminan despertando a las masas campesinas, con lo cual la Revolución se convierte en un verdadero movimiento popular.

Pero ¿qué sucede entonces, en estos años de 1910 a 1920, con la economía mexicana? ¿Cómo se modifica y evoluciona la formación del mercado interno nacional? Veamos.

Considerada globalmente, ésta es para la economía mexicana una década aparentemente perdida o inexistente. Si se atiende sólo a las cifras totales del producto interno bruto y a la imagen cuantitativa del desglose de este producto en sus sectores fundamentales, pareceríamos estar ante una economía que, *grosso modo*, no se ha movido a lo largo de diez años,⁶¹ y que, sin embargo, y vista dentro de un período de más largo plazo, no parecería haber disminuido ni su ritmo de crecimiento ni su velocidad de avance, los que, por el contrario, se acrecientan de modo importante precisamente a partir de la década inmediatamente subsiguiente.

Pero más allá del mudo y polivalente conjunto de los números y las cifras, la economía mexicana cambia profundamente en estos dos lustros mencionados, acelerando de un modo muy intenso los procesos cualita-

⁶¹ Hay sin duda ciertos cambios en los distintos sectores. Pero además de que en forma cuantitativa son relativamente menores, parecen compensarse con bastante exactitud para dar como resultado un producto interno total prácticamente inalterable. Cfr. al respecto el artículo "Hacia un análisis general a largo plazo del desarrollo económico de México", *op. cit.*, y "La evolución económica de México a partir de la Revolución de 1910", de Leopoldo Solís, en *Demografía y Economía*, vol. 3, núm. 7, 1969. En esta idea coinciden más o menos también el libro de *La Revolución mejicana, op. cit.*, o el libro de Clark Reynolds *La economía mexicana. Estructura y crecimiento en el siglo XX*, ed. FCE, México, 1970.

tivos que se hayan inmersos en la dinámica de la sociedad mexicana de la época. Revisemos algunos de ellos con más cuidado.

Por lo que toca a la economía en su conjunto, creemos que el avance más importante que esta década aporta es el de la unificación definitiva de las distintas economías regionales del país en una sola y orgánicamente estructurada economía nacional. A través de la abrupta y cambiante interrelación que, por la mediación del Estado y de los grupos políticos dominantes, se establece entre las más alejadas y disímiles zonas del territorio nacional, es que se crea, a todo vapor, esa verdadera economía nacional. Cuando la producción cerealera de Tamaulipas es requisada para alimentar a la población de la ciudad de México;⁶² cuando los impuestos obtenidos por la venta del henequén yucateco, se usan para financiar al gobierno constitucionalista central;⁶³ cuando se prohíbe la exportación del ganado de Oaxaca y se trata de destinarla coactivamente hacia el consumo nacional,⁶⁴ o cuando el producto de las haciendas de Chihuahua bajo la administración villista se usa para asegurar el abastecimiento material y militar de la División del Norte en campaña,⁶⁵ estamos ante una economía que se autosostiene a sí misma, echando mano de todos sus recursos disponibles; ante el ensamblaje coordinado de las distintas piezas de lo que al ritmo de una auténtica economía de guerra (que se generaliza y expande a pasos de gigante) se va conformando claramente como un solo mecanismo económico, como un mercado nacional único y unitario, como una sola dinámica general.⁶⁶

Dinámica nueva de una economía nacional que no sólo es mucho menos vulnerable a los ciclos y vicisitudes de la economía internacional,⁶⁷ sino

⁶² Cfr. *La Historia general de la Revolución mexicana* de José Valadez, tomo 6, cap. XXIII, punto 2, ed. Gernika/CONAFE, México, 1985.

⁶³ Cfr. "Historia de la industria henequenera hasta 1919", *op. cit.*

⁶⁴ Cfr. el artículo de Paul Garner, "Autoritarismo revolucionario en el México provincial: el carrancismo y el gobierno preconstitucional en Oaxaca, 1915-1920" en *Historia mexicana*, vol. XXXIV, núm. 134, oct.-dic., 1984.

⁶⁵ Cfr. La entrevista a Friederich Katz "Volvámonos con Pancho Villa", en *Nexos*, núm. 107, nov. de 1986, y también su artículo "Pancho Villa, los movimientos campesinos y la reforma agraria en el norte de México" en *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*, ed. FCE, México, 1985.

⁶⁶ Lo que obviamente no significa que las dinámicas macrorregionales típicas del Porfiriato y ya analizadas, desaparezcan, sino solamente que se subsumen a una nueva dinámica dominante que las engloba y abarca, pero sin eliminarlas o borrarlas totalmente. Al grado incluso de que aún ahora el norte y el sur siguen teniendo en ciertos niveles sus propias dinámicas, autónomas y divergentes del movimiento global nacional, pero ya no como tendencias dominantes sino ahora como tendencias regionales específicas, que forman sólo parte de dicho movimiento de la nación en su conjunto.

⁶⁷ Es importante insistir en el hecho de que, a partir de esta creación de la economía nacional *strictu sensu*, a lo que se está dando nacimiento es a una estructura económica que por sus nuevas dimensiones y sus nuevos caracteres en tanto unidad económica cualitativa superior es mucho más autosuficiente y capaz de auto-

que también constituye el marco general de los sucesivos cambios que en este específico nivel económico se realizan a lo largo de la década abordada.

Por en el espacio de estos diez años considerados, resulta claro que la emergente economía nacional atraviesa por tres distintas fases sucesivas, y que son a la vez puntos de referencia importantes para la comprensión del modo en que avanza en estos años la formación del mercado interno nacional.

Así, de 1910 hasta comienzos de 1913, durante el período de la campaña y del gobierno de Francisco I. Madero, se prolonga en lo esencial la situación económica creada desde la crisis de 1907, y se agudizan progresivamente los desquiciamientos y desajustes descritos anteriormente. Durante esta primera fase y por debajo de los trascendentales cambios políticos que vive el país, se profundiza y mantiene en la misma línea de evolución la crisis económica legada por las postrimerías del Porfiriato. Asimismo, mientras durante esos años continúan con ciertos altibajos las malas cosechas y la contracción de los mercados de los alimentos básicos, vemos avanzar el mismo deterioro de la economía norteña, el repliegue de la macrorregión del centro y el doble movimiento de repliegue y contracción del sur antes analizados.

A excepción del reclutamiento militar de los mineros desempleados, que alimenta la breve fase armada del maderismo, y de la agudización diferencial de la crisis económica —que va formando los núcleos embrionarios de los futuros ejércitos campesinos—, poco cambia en el funcionamiento de la economía, o mejor aún de las economías de nuestro país, en esta primera etapa de la década revolucionaria.⁶⁸

Muy distinta en cambio es la situación durante la segunda etapa de

compensarse, siendo por ello menos vulnerable a su entorno exterior. Lo que no excluye el hecho de que esta misma economía, internamente más fuerte, sea al mismo tiempo más dependiente de la economía norteamericana, tal y como ha señalado Womack (*cf.* "The Mexican economy during the Revolution, 1910-1920: historiography and analysis"). Pero la diferencia entre economías regionales débilmente interrelacionadas y una economía nacional orgánica, puede verse comparando los efectos que sobre México han tenido la ya mencionada recesión internacional de 1907, y luego la mucho más grave crisis mundial de 1929. Dependencia no es sinónimo automático de paralela debilidad.

⁶⁸ Esto no invalida el hecho de que Madero tenía sin duda un programa económico específico a realizar, en la medida en que su ascenso era claramente la llegada al poder de la burguesía agraria norteña, burguesía que pugnaba por la modernización capitalista de la gran propiedad terrateniente y el impulso marginal a la pequeña propiedad ya existente. Pero Madero no ha tenido ni el tiempo, ni las condiciones, ni la energía para llevar a cabo este programa económico, el que posteriormente fue realizado de manera parcial por Venustiano Carranza. Porque Carranza no es más que un "nuevo Madero", que al triunfar sobre las masas campesinas y sobre sus proyectos y alternativas, levanta nuevamente y durante un lapso mayor el mismo programa de la burguesía agraria norteña coahuilense. (Sobre el proyecto económico de Carranza véase el artículo de Richmond Douglas, "El nacionalismo de Carranza y los cambios socioeconómicos, 1915-1920" en *Historia Mexicana*, vol. XXVI, núm. 101, jul. de 1976).

esta década, que comienza precisamente con el gobierno de Huerta y que se prolonga más o menos hasta la elección legal de Venustiano Carranza en 1917. Durante este segundo momento, que podríamos llamar culminante de esta década crítica del gran ciclo histórico antes mencionado, se desarrolla una real economía de guerra, con todos los rasgos fundamentales que dicha economía militarizada implica. Lo mismo el acosado gobierno huertista que el clasistamente heterogéneo constitucionalismo de la primera época, ponen en acción, a partir de 1913, mecanismos de centralización política y comando militarizado de la producción, distribución y reparto de los productos económicos. Mientras viven el momento más cruento y difícil de toda la década, los distintos grupos y facciones se aseguran el abasto y manutención de sus diversos contingentes, a partir de la intervención y control políticos de las haciendas, de la confiscación de los productos básicos, de los préstamos y contribuciones forzosos impuestos a la industria y a la banca, de la propia emisión de circulante y de la asunción directa de las distintas tareas de circulación, venta y realización de las mercancías.

Al construir por estas vías la unidad cada vez mayor de una economía nacional de guerra, los diversos dirigentes de las clases, grupos y fracciones participantes en la Revolución, tienen que hacer frente al deterioro continuado de una situación económica, que en esta segunda fase se prolonga y agudiza por causas ya no de origen natural sino de origen esencialmente político y social.

Porque si el maderismo opositor y luego gobernante ha tenido que vivir dentro de una crisis económica causada básicamente por problemas climáticos y naturales —que han desatado el largo ciclo de seis años de malas cosechas, provocando una crisis de subsistencias típicas del antiguo régimen, bajo los mecanismos más arriba descritos—, los protagonistas de la auténtica guerra de clases que cubrirá buena parte de este segundo momento,⁶⁹ habrán en cambio de enfrentar la prolongación de esa misma crisis, pero ahora debida a problemas de orden claramente social.

Porque es a partir de 1913 en adelante que se ha desarrollado la más grande movilización masiva y en escala nacional de los campesinos, que desde este momento se incorporan de manera generalizada a la Revolución. Pero decir movilización masiva de los campesinos es decir abandono de su tierra y por tanto abandono de sus cotidianas y regulares tareas agrícolas. Abandono que, si bien no es absoluto ni homogéneo dentro del vasto espacio nacional, sí es lo suficientemente significativo como para continuar y hasta agudizar la reducción de las cosechas obtenidas durante estos años. Por eso no es casual que 1915, el famoso “año del hambre”, sea simultáneamente el año de las principales derrotas militares de los ejércitos

⁶⁹ Como ha destacado especialmente Adolfo Gilly en *La Revolución interrumpida*, ed. El Caballito, México, 1975, y en su artículo “La guerra de clases en la Revolución mexicana (Revolución permanente y autoorganización de las masas)” en *Interpretaciones sobre la Revolución mexicana*, ed. Nueva Imagen, México, 1979.

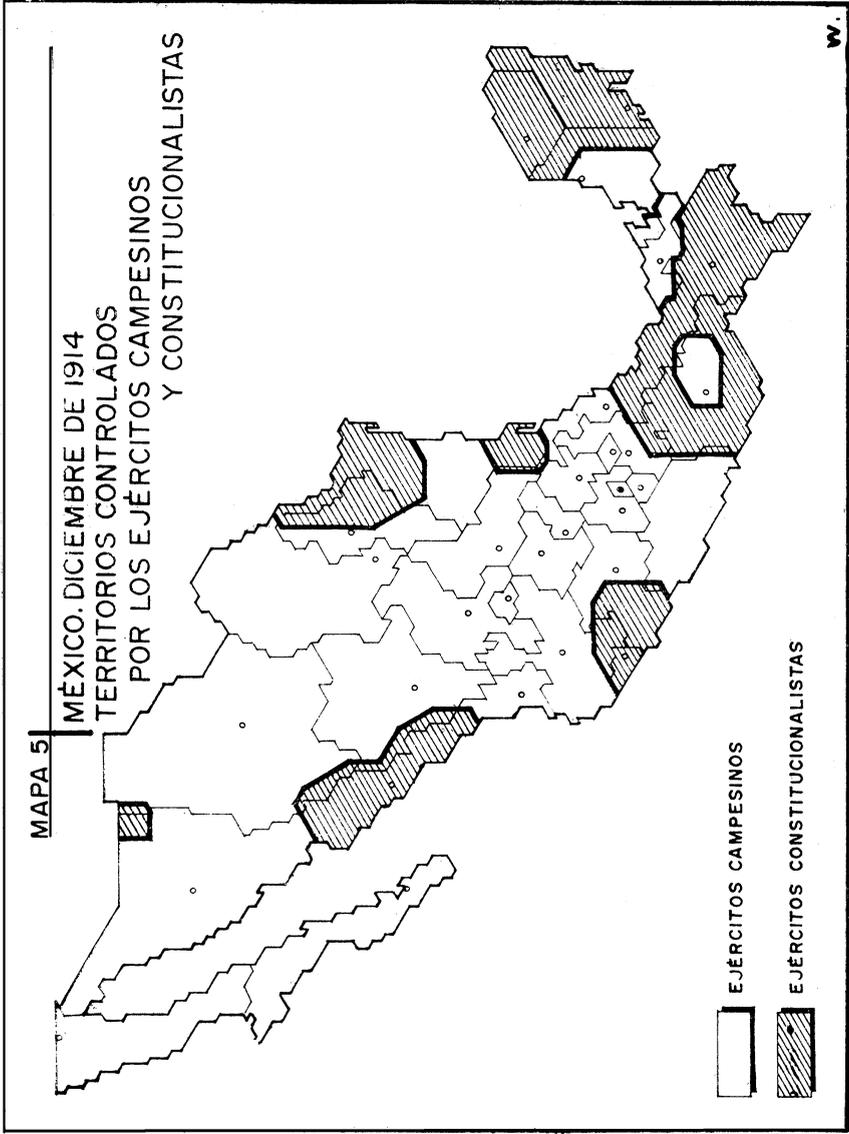
campesinos, y el año siguiente el momento en que dichos ejércitos campesinos son prácticamente dueños de las dos terceras partes del territorio nacional, o sea, del espacio casi íntegro de las macrorregiones del norte y del centro (véase mapa núm. 5).

No se puede combatir y al mismo tiempo producir, y por eso el año más difícil de toda la década es el año de los más grandes y más trágicos combates para el campesinado mexicano. Y por eso también los dos años siguientes de este segundo período, son años de estancamiento o de muy leve recuperación de la producción agrícola y en algunos casos hasta de nuevas caídas de la curva de producción total (véase la gráfica núm. 5).

Esta depresión de la economía con causalidad social no tiene, sin embargo, un carácter puramente negativo sino también positivo: al interrelacionar y acercar aceleradamente a las distintas economías y mercados regionales, convocándolos y haciéndolos confluír en un solo movimiento unitario; al dismantelar de tajo y en grandes zonas del país las obsoletas estructuras agrarias que traban al mercado nacional; al reconstruir y readecuar a pasos agigantados los mercados de trabajo para la industria en vías de desarrollo; al concentrar en pocas manos grandes masas de capital dínarario fruto de la especulación y de los "mercados negros", o al depurar el limitado sistema bancario anterior, esta economía de guerra de dimensiones y alcance nacionales va abriendo las nuevas vías por las que habrá de transitar la economía post-revolucionaria durante las dos décadas siguientes.⁷⁰

Estas vías del progreso económico, que ante la derrota y el reflujo de la marea campesina —enmarcados además dentro del desarrollo de una epidemia de influenza durante los años 1917-1918— comienzan a afirmarse ya durante el tercer momento de la segunda década de este siglo, que cubre el gobierno constitucional de Carranza y hasta la rebelión de Agua Prieta, es un claro momento de transición de la economía de guerra previa hacia la nueva economía post-revolucionaria. Cerrando poco a poco los caminos entreabiertos por las clases populares en la Revolución, el gobierno de Carranza intenta nuevamente imponer el proyecto de la burguesía agrícola norteña planteado desde la época de Madero. Teniendo como su eje el intento de modernizar la gran propiedad agrícola sin tocar para nada su extensión, el gobierno de Venustiano Carranza va estabilizando lentamente las nuevas bases del funcionamiento social, tratando desde esta temprana fecha de institucionalizar la Revolución. Pero las reivindicaciones campesinas y populares, aún no enterradas del todo, mantienen zonas territoriales y espacios sociales autónomos, alargando así la transición del segundo momento hacia la nueva economía y hacia su "normalización".

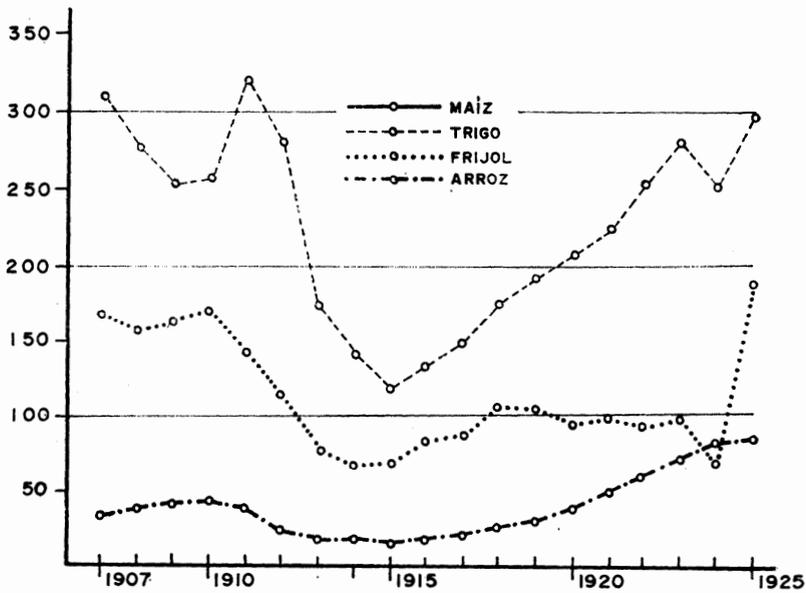
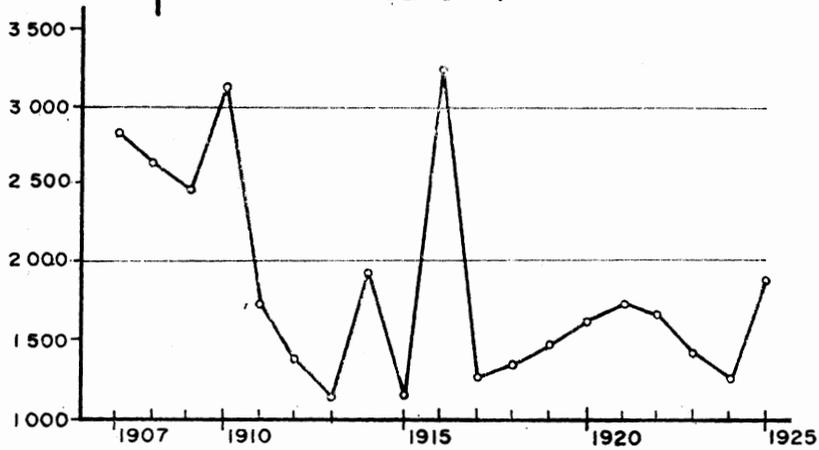
⁷⁰ Cfr. el artículo de Alicia Hernández Chávez, "Militares y negocios en la Revolución mexicana", en *Historia Mexicana*, vol. XXXIV, núm. 134, oct.-dic., 1984. Y también, de Hans Werner Tobler, "La burguesía revolucionaria en México: su origen y su papel, 1915-1935", en *Historia Mexicana*, vol. XXXIV, núm. 134, oct.-dic., 1984.



FUENTE: ADOLFO GILLY, *LA REVOLUCIÓN INTERRUMPIDA*, p. 341.

GRÁFICA 5

EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN TOTAL DE LOS PRINCIPALES PRODUCTOS AGRÍCOLAS ALIMENTICIOS. 1907-1925 (MILES DE TONELADAS)



FUENTE: NOTA 77

Estas son las tres principales etapas de la década revolucionaria. A lo largo de ellas y con más o menos intensidad y fuerza, es que progresan las distintas líneas de formación del mercado interno nacional, las varias tendencias que van construyendo los tres submercados funcionales que dan cuerpo a dicho mercado. Veamos de qué manera.

Por lo que toca al mercado de trabajo nacional, existen varios procesos que, partiendo del propio movimiento revolucionario, funcionan en el sentido de su fortalecimiento y avance progresivos. Mediante estos procesos diversos se abona firme y crecientemente el mercado laboral nacional.

Porque con la movilización masiva de los hombres del campo, que abandonan su lugar de residencia para irse "a la bola", no sólo se prefigura realmente la futura movilidad espacial a escala nacional de la fuerza de trabajo, sino que también se ahondan dos tendencias fundamentales que van en el sentido de coadyuvar a la integración mayor del mercado de la fuerza de trabajo: de un lado, la movilización espacial de los hombres y su abandono generalizado de la tierra acelera la separación del trabajo respecto de sus medios de producción, acrecentando así el volumen de la fuerza de trabajo totalmente libre y desposeída. ¿Cuántos pequeños propietarios agrícolas, peones acasillados que trabajaban su pequeña parcela, miembros de las comunidades agrarias o de las colonias agrícolas militares y vaqueros o pequeños rancheros, han perdido sus tierras como resultado de su ingreso a los ejércitos revolucionarios?; ¿cuántos de ellos, al término de la década revolucionaria, se han ya convertido en nueva fuerza de trabajo, libre para ser empleada por el capital industrial? Sin exagerar la magnitud de este proceso, el decrecimiento absoluto y relativo de la población rural entre 1910 y 1921 nos da una idea indirecta de la importancia del mismo.⁷¹

Proceso que por otro lado se completa con el debilitamiento y hasta la eliminación de los antiguos lazos personales de subordinación que unen al conjunto de los peones con las haciendas. Al abolir legalmente el peonaje por deudas e incorporar a los peones a la lucha revolucionaria —aunque a veces esta incorporación tome el propio partido de los hacendados—, lo que se hace es intensificar el proceso de ruptura de todos los vínculos personales precapitalistas que aún atan a esta fuerza de trabajo al mundo tradicional y preindustrial, y con ello hacerla también "libre" en el otro sen-

⁷¹ Los datos aportados por el libro *Cincuenta años de Revolución en cifras*, son los siguientes:

	1910	1921
Población total	15 160 000	14 335 000
Población urbana *	2 034 000	2 239 000
Población rural	13 126 000	12 096 000

* Tomando como población urbana la que vive en localidades de más de 10 000 habitantes.

tido: no sólo en cuanto desposeída o libre de medios de trabajo para actualizar su capacidad laboral, sino también libre en tanto desembarazada de todo nexo personal, comunitario o directo precapitalista que le impida su inserción orgánica a la esfera laboral capitalista.

Si a mediano plazo este proceso de doble liberación de la fuerza de trabajo apoyará el desarrollo del capital industrial, se expresa en cambio en lo inmediato como depresión del mercado de trabajo para la agricultura, aunque como incremento de los mercados urbanos de fuerza laboral para la actividad fabril.⁷² Porque como se sabe esta movilización masiva de los hombres por la Revolución, es al mismo tiempo incremento de la migración campo-ciudad, o sea, abandono de los espacios rurales y concentración humana en las urbes. A la búsqueda de refugio contra la violencia campesina y de una mayor seguridad, se debe el crecimiento de las ciudades, las que engrosando así sus dimensiones absolutas ensanchan igualmente su potencial inmediato de fuerza de trabajo para la industria, ubicada precisamente en estos centros urbanos. Por eso resulta curioso comparar las curvas de los índices del volumen de la producción total de la agricultura y de la industria a lo largo de estos diez años, comprobando entonces cómo la depresión agrícola conlleva en ocasiones y simultáneamente pequeños levantamientos de la producción industrial (véase la gráfica núm. 6a.)

Desmantelando así, en mayor o menor medida, las diversas lógicas precapitalistas aún vigentes en el campo —lo mismo la lógica de la hacienda central cerealera, que la de las antiguas comunidades indígenas, o la de los mecanismos semiesclavistas de retención de la fuerza de trabajo en el sur de México—, la Revolución prepara aceleradamente la futura modernización de la agricultura⁷³ que no sólo habrá de liberar nuevas y abundantes fuerzas de trabajo para la industria, sino que habrá también de proveer de materias primas baratas a esa misma industria, y de medios de subsistencia a bajo costo a la clase obrera industrial.

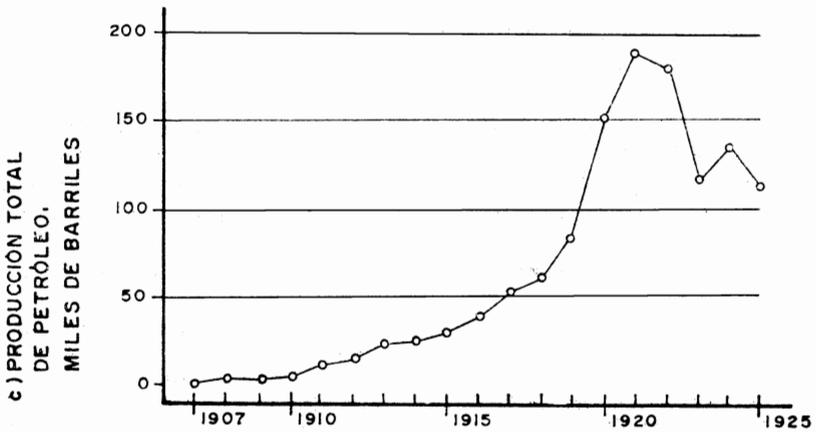
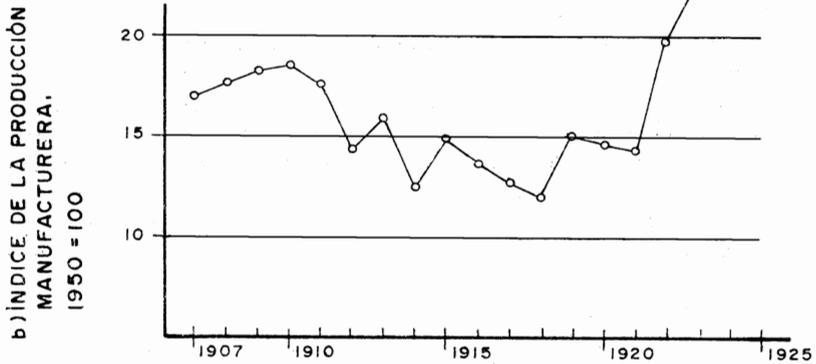
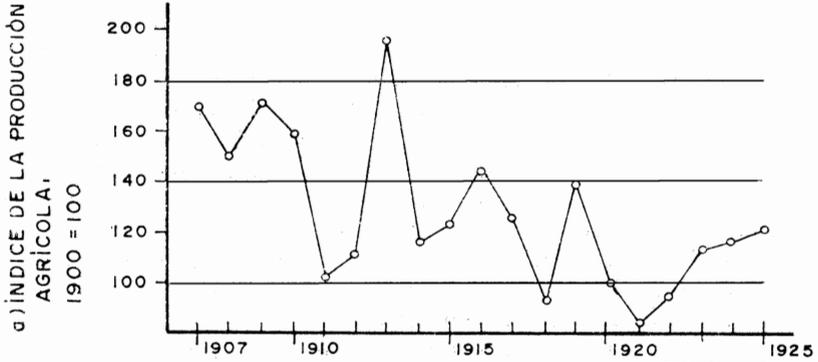
Pero la Revolución no sólo ha reforzado el proceso de liberación de la fuerza de trabajo y la ruina de las estructuras agrarias precapitalistas, sino que ha comenzado también a preparar, diríamos “culturalmente”, a esa fuerza de trabajo para su futura inserción industrial. Al dar acceso a los

⁷² Cfr. “The Mexican Economy during the Revolution, 1910-1920: historiography and analysis”, *op. cit.*

⁷³ En este sentido es claro que con ciertas excepciones —cuyo caso paradigmático es Morelos. Cfr., de Frank Tannebaum, *La Revolución agraria mexicana*, *op. cit.*, la Revolución ha hecho más en el sentido destructivo que positivo. Más se ha limitado a destruir, aflojar o evidenciar la obsolescencia de las figuras precapitalistas, que a edificar las nuevas relaciones de una estructura agraria plena y orgánicamente capitalista. Esto último, realizado a cuentagotas durante los distintos gobiernos de los sonorenses y del maximato callista, sólo se llevará a cabo de manera contundente durante el cardenismo, etapa que, en consecuencia, cierra el ciclo histórico que enmarca a la década revolucionaria. De cualquier manera es cierto que no se puede construir lo nuevo sin destruir previamente lo viejo, sea como sea.

GRÁFICA 6a

EVOLUCIÓN DE LOS ÍNDICES DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA Y MANUFACTURERA Y DE LA PRODUCCIÓN TOTAL DE PETRÓLEO 1907-1925



FUENTE: NOTA 78

campesinos al uso de las armas —de los rifles, las pistolas, las ametralladoras, etcétera— y de los caballos, y ponerlos frente al espectáculo de una sociedad que cambia vertiginosamente —rompiendo las antiguas jerarquías sociales, creando una movilidad social casi total, desmoronando las venerables tradiciones⁷⁴—, la Revolución desarrolla a un ritmo inusitado la conciencia campesina, la que ahora se abre a una nueva visión del mundo, preparándose así para el paso fundamental desde el mundo tradicional y rural hacia el mundo moderno y burgués en ciernes. En este sentido, es muy significativo el dato de que durante esta década revolucionaria crece el número total de gente que sabe leer y escribir y ello dentro de una población que ha decrecido también en términos absolutos. La Revolución, en tanto verdadera y privilegiada escuela de la vida, ilustra las masas y les enseña en pocos años a los hombres lo que varias décadas de estabilidad no habían podido ni siquiera insinuarlas.

De este modo, y también como fruto de la década estudiada, es que crece el horizonte cultural de los campesinos, lo que habrá de facilitar enormemente su futura calificación industrial y su tránsito a la condición de obreros fabriles urbanos.

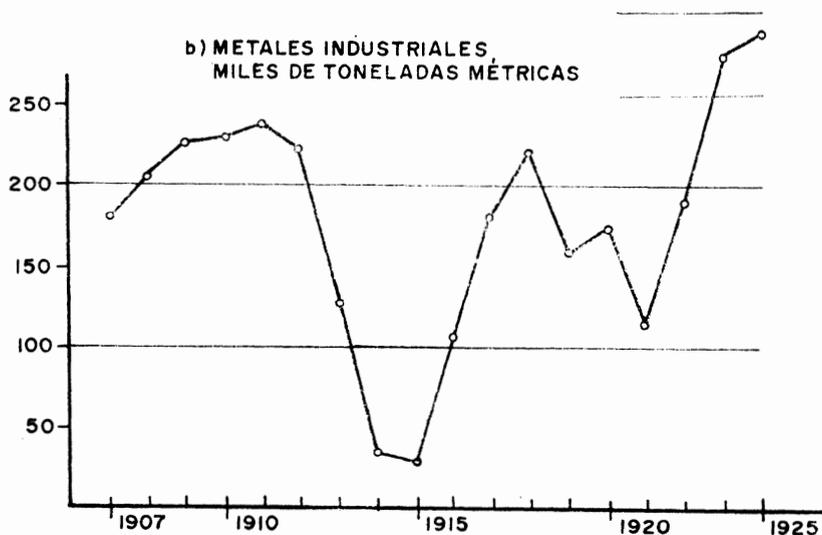
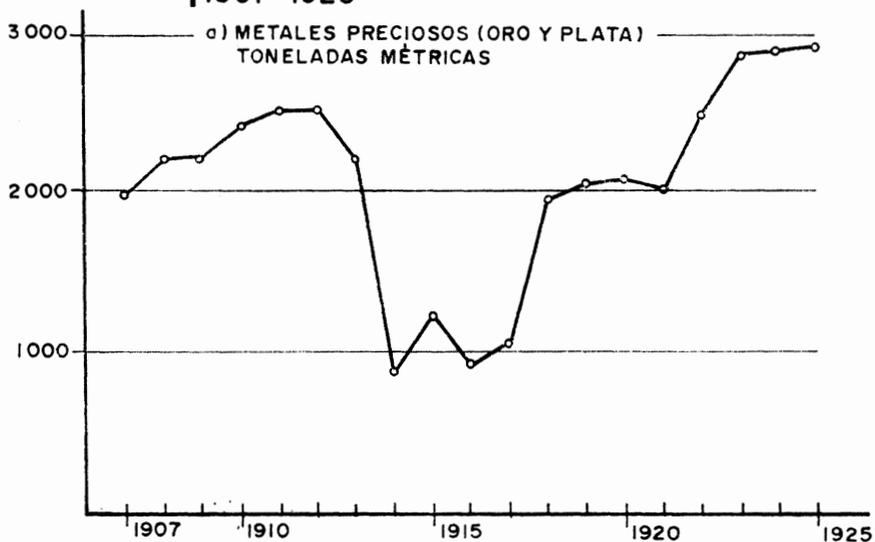
Junto a estos distintos procesos que alimentan la formación del mercado laboral, se desarrolla también el mercado de mercancías a escala nacional. Porque como hemos visto, bajo el manto del continuo enfrentamiento, lucha y campañas militares de las distintas facciones y fracciones del movimiento revolucionario, es que se constituye, bajo el patrón de una economía de guerra, la unificación económica generalizada de todas y cada una de las distintas zonas del territorio nacional. El período de la economía de guerra es entonces el período de la más fluida, intensa y extensa circulación y redistribución de los productos y, por tanto, la cimentación más estricta del mercado de mercancías nacional.

Porque al centralizar radicalmente bajo un solo control todo el funcionamiento de los canales de la circulación —circulación de impuestos, de armas, de dinero, de productos y hasta de hombres—, lo que hacen los distintos grupos de la Revolución es vincular orgánicamente a todas las zonas del país en un solo mercado, en el que todos concurren para aportar su “producción” o insumo y para tomar o requerir lo indispensable para sus “necesidades de consumo” diversas. Todos los productores, hasta los tradicionalmente marginados de los circuitos comerciales, son ahora convocados —muchas veces coactivamente— a participar en la gran retorta social que es el mercado de mercancías nacional, derivando allí los distintos productos de su trabajo. Así, si el carrancismo incorpora a la macrorregión del sur a la

⁷⁴ Este punto, que merecería un desarrollo mucho más amplio, sólo se enuncia aquí. Al respecto, véase las interesantes sugerencias que para una profundización ulterior se hayan contenidas en el artículo de Carlos Monsivais, “La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución mexicana” en *Historias*, núm. 8-9, ed. INAH, ene.-jun., de 1985. También puede verse en esta misma revista el artículo de Antonio Saborit, “Las inercias culturales”.

GRÁFICA 6b

**EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN DE METALES
PRECIOS Y METALES INDUSTRIALES.
1907-1925**



FUENTE: NOTA 78

marea de la Revolución, tratándola como su punto de apoyo financiero y como su reserva estratégica frente a los ejércitos de campesinos revolucionarios villistas y zapatistas, y al mismo tiempo la trastorna de raíz y comienza a modernizarla, incorporándola de lleno a la economía nacional, al mercado de mercancías general y, en síntesis, a los destinos globales mismos del país.

Igualmente, al hacer evidente y cuestionar la ineficiencia económica de la hacienda del centro del país, la Revolución inicia lento pero continuo proceso de su modernización, de su abandono de la lógica precapitalista dentro de la cual ha funcionado en el Porfiriato y de su adopción cada vez mayor de una lógica capitalista y por ende eficientemente mercantil. Con lo cual, y pensando hacia el futuro, habría de acrecentarse el mercado cerealero y la demanda de mercancías de la hacienda, ensanchando así doblemente el mercado general en su esfera estrictamente mercantil.

Al eliminar las distintas trabas a la unificación económica orgánica de las tres grandes macrorregiones de México, la economía de guerra crea el mercado de mercancías nacional, el segundo gran espacio constitutivo del mercado interior.

Mercado interno nacional que, por último, habrá de completarse con la posterior formación de un mercado dinerario también nacional; mercado ágil de capitales dinero y documentos de crédito que, no obstante, sólo habrá de comenzar a organizarse a partir de 1925 en torno al nacimiento de la banca central en nuestro país. Tercer gran mercado funcional que, sin embargo, sólo podrá edificarse sobre la previa depuración y modernización del viejo sistema bancario y sobre la homogeneización del funcionamiento nacional de la circulación dineraria.

Depuración y homogeneización que son precisamente el aporte de la década revolucionaria. Porque como es sabido, el sistema de crédito nacional ha declinado progresivamente durante los primeros cuatro años del decenio considerado, colapsándose finalmente en 1914. Golpeado, como hemos visto, por la crisis económica y por sus múltiples efectos de 1907 en adelante, el sistema de bancos regionales legado por el Porfiriato termina por ser incapaz de resistir las presiones y cargas impuestas tanto por el gobierno huertista como por el movimiento constitucionalista. Y así, atezado entre estos dos brazos de la pinza, termina por derrumbarse estrepitosamente hacia el fin del primer lustro de la segunda década del siglo.

Lo que explica entonces las oscilantes y poco efectivas medidas del gobierno carrancista, que al tomar en sus manos el control del mercado dinerario, intenta estabilizar su funcionamiento y homogeneizar sus mecanismos de acción. Así, es este colapso del crédito nacional el que explica la paridad disparada, de 1915 y 1916, del dólar frente al peso, lo mismo que el fracaso del frustrado proyecto del "infalsificable" carrancista, que culmina en el retorno al patrón metálico y en un menguado restablecimiento de un crédito que de cualquier manera continúa declinando a lo

largo de toda la década y aún después (pasando de 603 millones en 1910 a 342 millones en 1925).⁷⁵

Pero que de cualquier manera y a raíz de esta intervención carrancista, se convierte en un crédito que demanda ya la existencia de un equivalente dinerario de alcance y vigencia nacionales, al mismo tiempo que los mecanismos de funcionamiento bancario igualmente suprarregionales —lo que sólo habrá de conseguirse hasta 1925—. Este crédito declinante entierra a la mayor parte de los bancos del período porfirista, los que, operando fraudulentamente sin la cobertura necesaria para la magnitud de las operaciones contratadas, son incapaces de resistir las difíciles condiciones creadas por la Revolución. De este modo, y también como fruto de la Revolución, es que se depura el sistema bancario nacional, dejando subsistir solamente a unos pocos bancos fuertes y más consolidados, que en el futuro serán capaces de satisfacer los requerimientos del mercado interno nacional en vías de desarrollo.

Al mismo tiempo, y como un proceso derivado también de la intervención estatal sobre la economía, es que se desarrolla una rápida concentración del capital dinero en las manos de unos pocos comerciantes especuladores que, incrustados en el aparato estatal y valiéndose del control de los circuitos mercantiles que el gobierno desarrolla bajo el régimen de la economía de guerra, amasan importantes fortunas de capital líquido.⁷⁶ Y estas masas importantes de dinero, concentradas a una velocidad singular, serán precisamente y en el futuro inmediato a la década estudiada, parte de las masas de capital requeridas por la industrialización que habrá de consolidarse durante los siguientes lustros de la economía post-revolucionaria.

⁷⁵ Sobre este colapso financiero y sus diversas vicisitudes, véase el artículo de Edwin Walter Kemmerer, "Inflación y revolución. La experiencia mexicana de 1912-1917", en *Problemas agrícolas e industriales de México*; la *Historia general de la Revolución mexicana*, op. cit., tomo 6, cap. XXIII, punto 2 y de Antonio Manero, *La reforma bancaria en la Revolución constitucionalista*, ed. INEHRM-México.

⁷⁶ Cfr. nota 70.

⁷⁷ Las curvas de la gráfica 5, relativas a la evolución de la producción total de los principales productos agrícolas alimenticios, en los años de 1907 a 1925, han sido elaboradas a partir de la combinación de datos de cuatro fuentes principales: las *Estadísticas económicas del Porfiriato. Fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, ed. de El Colegio de México, México, s.f. —usada solamente para los años 1907-1911—; las *Estadísticas históricas de México*, ed. SPP/INAH, México, 1986; el *Curso de historia económica de México*, de Diego López Rosado, ed. UNAM, México, 1973, y el libro *Cincuenta años de Revolución en cifras*, op. cit. A partir de la confrontación de los distintos datos aportados por estas fuentes, hemos ido seleccionando aquellos que, a partir de la serie completa y en función de la tendencia previa y de las peculiares circunstancias de cada año, nos han parecido más plausibles. De cualquier modo hay que desconfiar de ciertos datos específicos, que rompiendo espectacularmente la tendencia previa, parecen más bien inflados artificialmente por motivos políticos. Tal es el caso de los años 1913 (o 1914, según el momento de corte y balance de las cifras) en que el gobierno de Victoriano Huerta ha falsificado conscientemente las cifras (cfr. el artículo de Humberto G. Angulo, "Índice de la producción agrícola", en *Revista de Economía*, vol. IX, núm. 1, enero

Al cruzar entonces la subperiodización de la década con la consideración sucesiva de los tres submercados regionales que constituyen el proceso de creación del mercado interno nacional para el capital industrial, y delimitar sobre ambas las grandes tendencias de avance general, lograremos aproximarnos un poco más a la verdadera comprensión del contenido económico del decenio revolucionario de 1910-1920 en México.

* * *

Pero crear el mercado interno de un país no era un proceso sencillo, que pudiera cumplirse cabalmente en unos cuantos años. Y menos como hemos visto, si se trata de un país grande, variado y complejo como es México. Por eso, este proceso no se acaba con la década revolucionaria —que, sin embargo, como hemos tratado de ilustrar, lo ha acelerado enormemente llevándolo a grandes zancadas hacia su culminación—, sino que se prolonga hasta el régimen cardenista, en que termina de conformarse en términos generales. Pero esta continuación, cuyas líneas básicas de evolución se hallan esbozadas en el decenio revolucionario de 1910-1920, sería tema de una investigación más amplia, cuyas hipótesis de trabajo están aquí resumidas.

de 1946, en que se expresa esta misma duda sobre los datos de 1913-14), o del año 1916, cuando Venustiano Carranza ha podido tratar de “aumentar un poco” las cantidades absolutas, para dar una cierta idea de recuperación y restablecimiento económicos. De cualquier modo, y a pesar de estas posibles distorsiones, creemos que estas curvas reflejan claramente los tres subperiodos señalados por nosotros, dentro de la década revolucionaria de 1910-1920.

⁷⁸ La gráfica 6a ha sido compuesta del modo siguiente: el índice de la producción agrícola está tomado del libro *Cincuenta años de Revolución*, *op. cit.*, mientras los datos del índice de la producción manufacturera y de la producción total de petróleo provienen de las *Estadísticas históricas de México*, *op. cit.* Por su parte, la gráfica 6b ha sido compuesta reagrupando en dos rubros fundamentales —metales preciosos y metales industriales— los datos aportados por *Cincuenta años de Revolución en cifras*, *op. cit.* Llama la atención el hecho de que, con sus peculiaridades, diferencias y claras excepciones (como el petróleo), también los grandes sectores o ramas de la economía nacional parecen reproducir, *grosso modo*, la subperiodización de la década planteada en el texto.